

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

ELLOS

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

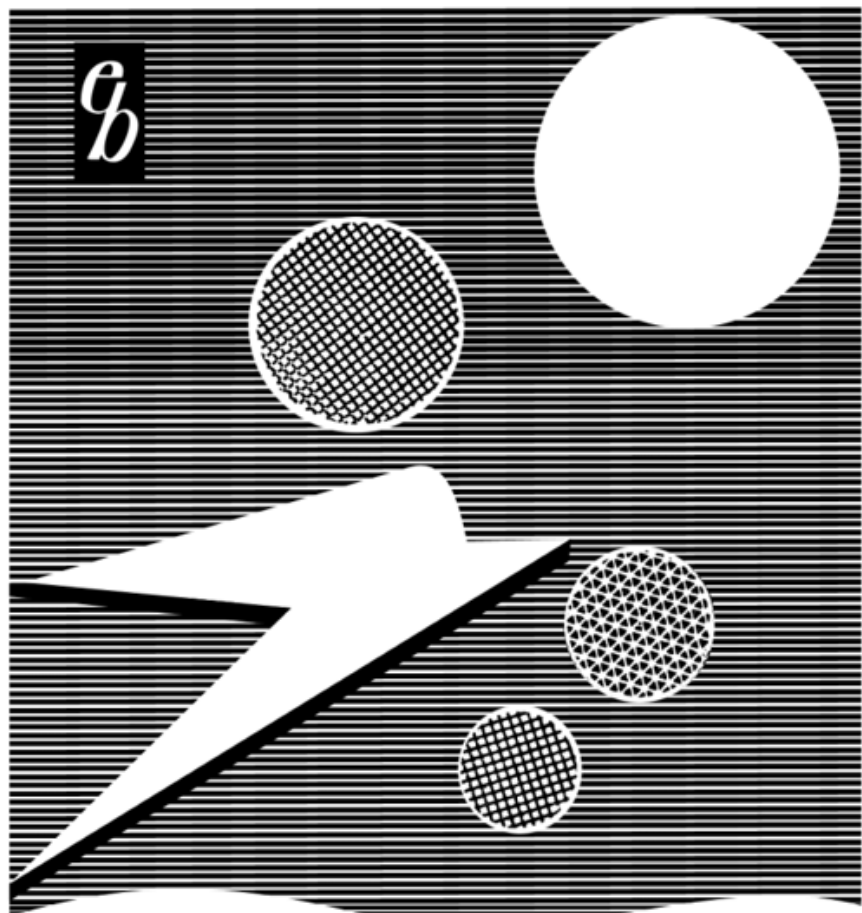
ELLOS

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

ELLOS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 218

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 35.059 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1974

© **MARCUS SIDEREO** - 1974

texto

© **SALVADOR FABÁ** - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

213— Proscritosdelagalaxia. -*ClarkCarrados*.

214—Vinieron del universo. - *Burton Haré*.

215— «Algo» se nutre de sangre. - *Curtís Garland*.

216—El gran robo sideral. - *Ralph Barby*.

217— Historia de una bomba solar. -*GlennParrish*.

CAPITULO PRIMERO

Hella cruzó la amplia sala, donde los delineantes estaban realizando su normal trabajo de los días de labor para dirigirse al despacho privado del ingeniero jefe Donnatti.

Antes de entrar, llamó con la mano libre y, sin esperar respuesta, pasó al interior. Iba, simplemente, a llevarle unos informes como tantas otras veces. Sin embargo, en esta ocasión ocurrió algo que paralizó por completo el trabajo de la sección.

Apenas Hella había penetrado en el despacho, soltó un grito tremendo, que fue escuchado por la totalidad de delineantes de ambos sexos que ocupaban toda la planta.

Cuando entraron para ver qué había ocurrido, encontraron a Hella tendida en el suelo. Estaba sola.

Donnatti salió de la sala contigua. Era como un recinto sagrado, donde sólo él ponía los pies. Era su cuarto privado de trabajo, donde guardaba los planos más secretos, por los cuales más de una sociedad hubiera pagado altos precios para tenerlos en su poder. Aquella dependencia era como una auténtica caja fuerte.

Donnatti se aproximó hasta el grupo. Todos se volvieron hacia él.

—¿Qué ha pasado?

—Es Hella. ¡Está muerta! —exclamó Jara, que era su compañera inseparable.

—¡No! Apártense —replicó Donnatti—. Yo me ocuparé de ella.

Hella, en el suelo, mantenía abiertos de par en par los ojos, y seguía inmóvil.

—Tómele el pulso, y que alguien avise a un médico —dijo uno de los delineantes.

—¡Está muerta! —repitió Jana.

—¡Basta ya! Que nadie la toque. Y no llamen a ningún médico. La llevaré a que la vea mi médico particular. —Y seguidamente, la tomó en sus brazos para salir del despacho.

Jana se dejó caer en una silla, y murmuró:

—No es un médico lo que necesita. Está muerta. Sólo había que verla...

—El grito que dio Hella era de terror.

—Donnatti no estaba, cuando entramos. Salió de su cámara secreta.

—El es el culpable —opinó Jana, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, pensando en su amiga.

—¿Por qué dices esto? Donnatti es una buena persona. Siempre trata bien a todo el mundo...

—No había nadie más en el despacho. ¿Es que no os disteis cuenta? Y si Hella gritó, no lo hizo sin ninguna razón. Debieron atacarla o no sé... Posiblemente, nunca lo sepamos.

—¿Insinúas que Donnatti es el responsable?

—Jana tiene razón —terció otra voz femenina—. En el despacho no había nadie, y Donnatti pudo haber entrado en la cámara para salir después...

—Estáis hablando de un asesinato. ¿Por qué querría Donnatti matar a Hella? Esto es absurdo. No tiene sentido...

—¿Ya han terminado de trabajar? —Interrumpió, en aquel instante, la voz del propio Donnatti—. Bueno, bueno, comprendo que estén preocupados por su compañera de trabajo. La verdad es que todavía no sé qué ha podido ocurrir; estoy tan sorprendido como ustedes...

—¿Dónde está? ¿Dónde la ha dejado? —inquirió incisivamente Jana.

—Su compañera está perfectamente —dijo, mirando con intensidad a Jana.

—¿Perfectamente?

—Sí. La ha visitado mi médico particular.

—¿Y está bien? —insistió Jana, a la vez que el resto de los compañeros mostraban igual interés.

—He dicho que se encuentra perfectamente. Sufrió un desmayo, por causas desconocidas. Digamos que se está reponiendo.

—¿Dónde está? —quiso saber Jana.

—De momento, en casa del doctor.

—¿Y podré verla?

—Cuando salga del trabajo. Yo mismo la acompañaré, si lo desea. No digo que vengan todos porque me parece excesivo. Jana puede acompañarme como representación de los demás. ¿Alguna otra pregunta? Bien —dijo suavemente Donnatti—, sigan trabajando.

CAPITULOII

El vehículo, un súper B-L-100, rodó a la máxima velocidad permitida en la hora. Donnatti charlaba con su pasajera Jana:

—La veo preocupada.

—Hella es mi mejor amiga, usted lo sabe.

—Y una excelente colaboradora en mi sección —apostrofó él.

—Me pregunto por qué gritó... Dio la sensación de que sintiera miedo por algo.

—¿Miedo?

—Bueno, no sé... Algo tuvo que ocurrirle.

—Dentro de pocos momentos se lo podrá preguntar usted misma. El médico vive ahí, en la gran plaza.

El vehículo, accionado de forma automática tomó la curva y se situó en el carril adecuado para girar. Donnatti pulsó un botón y poco después se detenía frente a un alto edificio.

Salieron ambos para dirigirse a la entrada. Luego, un elevador les dejó rápidamente en la planta vigésima del edificio de grandes y hermosas terrazas cubiertas la mayoría de exuberante vegetación, como si se tratara de auténticos jardines colgantes.

El doctor Stoker atendió a sus visitantes. —Adelante. La paciente se encuentra en óptimo estado;un poco débil, pero pueden visitarla.

Jana cruzó la amplia sala acompañada de Donnatti. y del propio doctor, que les indicaba el camino. Señaló la puerta del fondo.

—Ahí está. Adelante —sonrió el médico.

Donnatti y Jana penetraron en la gran estancia, en cuya única cama reposaba Hella, que se hallaba tendida en abundantes y cómodos almohadones.

—Le traigo a su amiga. Estaba impaciente por comprobar que se halla usted en las mejores condiciones.

Ambas se miraron largamente, en un silencio que se hizo

embarazoso.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Jana,

—Sí, Jana. Ahora estoy bien.

—¿Qué te ocurre? ¿De veras estás bien?

—No me ocurre nada. Me siento como cansada. Esto es todo.

—Pero..., ¿qué es lo que te sucedió?

—¿Ocurrirme? No... No sé... Me desmayé.

—Gritaste.

—¿De veras? No recuerdo. Me desmayé...

Intervino Donnatti para decir:

—No la obligue demasiado. Sufrió un fuerte *shock*.

—Bueno... Espero que pueda llevármela. Yo la cuidaré —adujo Jana.

—Debe ser el médico quien decida si puede reemprender la vida normal o no. Personalmente, pienso que necesita una buena recuperación.

Jana se volvió hacia su amiga:

—¿No deseas volver a casa?

—Estoy bien aquí... Debo seguir un tratamiento. El doctor Stoker me trata muy bien.

—Sí, pero...

Stoker entró en ese momento con aspecto optimista.

—¿Cómo va eso?

—¿No puede volver a casa, doctor? —preguntó Jana al médico.

—Donnatti me dijo que Hella vivía con usted.

—Tenemos un apartamento en la parte norte.

—Un magnífico sitio, excelente zona residencial, pero de momento, su amiga debe seguir un tratamiento.

Jana dudó. No sabía a ciencia cierta qué le impulsaba a ello. Se sentía como extraña en aquella casa y no hubiera sabido explicar el porqué.

El médico era simpático, agradable; Donnatti, por su parte, se mostraba deseoso de que a Hella no le faltara nada. Sin embargo...

—Bien... —sonrió Jana forzosamente—. Veamos qué opina ella.

Hella contestó con voz monótona:

—Estoy bien aquí. Me quedaré. Me gusta este sitio. Y estoy débil.

—Es natural —interrumpió el doctor, aproximándose a su paciente y acariciándole los cabellos—. Ha sufrido una depresión. Debe tratarse de algo interno, pero lo solucionaremos satisfactoriamente.

—¿No hacen falta análisis? —soltó Jana.

—Tal vez, pero dispongo de un gabinete perfecto, ¿quiere verlo?

Poco después, cuando Jana salió de aquella casa con esa extraña e indefinida impresión que la misma le había causado, Donnatti, ya en el vehículo, comentó:

—Mi amigo es un médico extraordinario, un investigador incansable. ¿Qué le han parecido sus instalaciones?

—No sé... Yo entiendo poco, pero parece que dispone de muchos adelantos.

—No lo sabe usted bien, Jana. Créame, yo dejaría a su amiga en manos de Stoker; si él no lograra curarla, difícilmente lo harían en los hospitales.

—¿Curarla? No entiendo. Dijo que se trataba sólo de un *shock*.

—Sí, claro, claro... Pero hay que contar con lo peor. Usted misma ha admitido que lo que le ocurrió a Hella es una cosa extraña.

—Sí, pero...

—Stoker no quiere alarmar a la gente. Lo conozco, pero

seguramente piensa hacer un reconocimiento a fondo a la paciente, antes de dar un diagnostico seguro.

CAPITULOIII

Jana conectó la televisión, por pura rutina. Sentada frente a un escaso refrigerio líquido, observaba distraídamente las imágenes y oía las voces del profesor que disertaba sobre los mensajes interplanetarios.

Alguien hizo una pregunta al profesor:

—Dígame, profesor Lewer. Se habla insistentemente de seres extraños, transmitidos a través de las ondas. Nuestros astronautas aseguran haber recibido extrañas interferencias, e incluso han captado conversaciones. Por fin, hay quien asegura que esos seres han sido vistos en nuestro planeta. ¿Qué opina la ciencia de semejantes fenómenos?

Fue al oír el nombre de Lewer lo que hizo que Jana pusiera atención en el receptor.

Lewer había sido su maestro en los libros de ciencia del programa educacional superior, y al recordar al sabio profesor tenía que pensar también en su hijo, al que había conocido en una fiesta de fin de estudios y que, posteriormente, coincidieron ambos en unas vacaciones.

Lewer contestaba ahora a las preguntas del informador referentes a los fenómenos observados, pero nunca comprobados suficientemente.

—Nunca se ha dudado de la existencia de otras sociedades más bien lejanas. Se está estudiando sobre los posibles medios de comunicación de los seres de esos otros mundos, pero como es sabido, nuestra técnica no está lo suficientemente avanzada como para poder captar sus mensajes. Si es cierto que tratan de comunicarse con nosotros, carecemos de medios para comprenderles y no podemos ponernos en contacto con ellos por una razón obvia.

Tras una pausa, Lewer continuó:

—Supongamos que el habitáculo más próximo al nuestro esté situado a trescientos años luz. Si lanzáramos un mensaje a los posibles habitantes de ese hipotético lugar tardaría, con los medios actuales,

ciento y pico de años en llegar a su destino, y aún en el supuesto de que la avanzada ciencia de nuestros semejantes les permitiera responder al mensaje instantáneamente, ¿cómo íbamos a comprenderlo?

Luego, el profesor insistió en el factor tiempo.

—Si yo lanzo un mensaje hoy, la respuesta no podrá estar de vuelta hasta dentro de ciento y pico de años. No, señores, la verdad. La comunicación, hoy por hoy, no es factible, y si «ellos» están aquí, y conviven con nosotros, y nos comprenden, y nos escuchan, yo lo único que les pediría es que nos lo hicieran saber, que nos comunicaran sus métodos, su forma de vivir, y nos explicaran en qué consisten sus adelantos; en fin, les pediría una colaboración y una ayuda... Es todo lo que puedo decir.

La transmisión terminó, y Jana se fue a descansar, sin dejar de pensar en su amiga, y en su extraño estado de ánimo.

La jornada de trabajo transcurrió al día siguiente sin ninguna novedad y al término de la misma, Donnatti, atento y servicial, se ofreció para trasladar a Jana a casa del doctor.

Hella seguía postrada en el lecho, cómoda y con buen aspecto, pero su rostro mostraba la misma frialdad y sus ojos idéntica lejanía.

Jana pudo hablar a solas con ella:

—Dímelo con sinceridad, Hella... Si deseas que te saque de aquí, dímelo sin rodeos. Te llevaré a un hospital.

—¿Hospital? —inquirió pensativa la enferma.

—Para que te hagan un reconocimiento.

—Estoy bien aquí. Te lo aseguro. Me encuentro bien. Stoker dice que necesitaré un largo descanso.

—Pero... —Jana miró en derredor y siguió aprovechando la circunstancia de hallarse a solas para preguntar—: ¿Has conseguido recordar el motivo por el cual te desmayaste?

—No...

—Tú entraste en el despacho de Donnatti y gritaste.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Te hicieron algo? ¿Viste algo?

—No...

—¿Por qué gritaste?

Hella se llevó la mano al costado, con expresión angustiada.

—¿Te duele algo?

—A veces..., aquí.

—El corazón.

—Sí.

—¿Sentiste una punzada al entrar en el despacho? ¿Gritaste por esto?

—Sí.

—No pareces muy segura.

—Grité porque me dolía el costado. Y luego caí.

—Me parece, Hella, que no recuerdas absolutamente nada...

—Sí, Jana. Recuerdo eso...Me dolía el costado.

—¿Te fatiga el hablar?

—No, Jana.

—Bien... Si quieres que te traiga alguna cosa...

—Estoy muy bien aquí. De veras.

—En este caso...

Stoker irrumpió en la habitación:

—Bueno, creo que por hoy ya está bien de charla, ¿eh? ¿Qué le parece su amiga? Tiene un aspecto inmejorable.

—Hella dice que está muy bien aquí.

—Bien... Si quiere continuar, yo no me opongo. Al contrario, me hace una buena compañía y me distrae de mi otro trabajo.

Stoker y la muchacha salieron de la habitación de Hella, y entonces, Jana preguntó, sin ambages:

—¿Qué es lo que tiene realmente?

—Bueno. En principio, no es nada grave. Hablando en términos vulgares, podría decirle que lo que padece su amiga es una incipiente insuficiencia circulatoria. Con descanso, se pondrá bien.

—¿Cree que ésa es la causa de su desmayo? —inquirió Jana.

—Indudablemente. Sintió una punzada en el músculo cardíaco y se desmayó. Ya le digo que es sólo un comienzo, algo que se ha revelado de pronto y, gracias a ello, será posible ponerle remedio.

—¿Le ha hecho usted algún análisis, doctor?

—Por supuesto... Bien, si no confía en mí..., puedo darle un informe completo para que otro médico de su confianza dé su opinión. Aquí está todo. Guárdelo usted para su tranquilidad. Muéstrelo a quien quiera, pero no se deje alarmar.

Jana salió al calle, acompañada de Donnatti.

—No... No me acompañe hoy, prefiero pasear.

—¿Sigue preocupada?

—Un poco.

—¿No confía en Stoker?

—No es eso.

—Bien. Ya sabe que estoy a su entera disposición. Hasta mañana, Jana.

—Adiós, señor Donnatti.

Su jefe se alejó y ella paseó, observando pensativa los distintos informes que le había facilitado Stoker.

En esa actitud y por no fijarse demasiado en el tráfico normal, tropezó con alguien, y los papeles se desparramaron por el suelo.

Un hombre joven y correcto se apresuró a ayudarla, y ella tuvo una gran sorpresa.

—¡Lewer!

Era el hija del profesor, que la reconoció en seguida. —¡Oh! Espera, no me digas que esto es casual, Jana. —Veo que aún recuerdas mi nombre.

—No sólo lo recuerdo, sino que pensaba en ti. Va a terminar un nuevo curso, y papá me ha encargado que me cuide del festival. Siempre recordaré lo bien que recitabas tú los poemas de los antiguos, y, precisamente, quería ir a verte para preguntarte si podía contar contigo.

—Yo también pensé en ti anoche. Vi a tu padre por la televisión.

—¡Oh, sí! Ahora está dándole vueltas a los seres extraplanetarios... ¿Irás?

—Me gustaría.

—Pareces preocupada.

—Algo, sí.

—¿Problemas graves?

—Una amiga está enferma.

—¿La conozco?

—No. Ella iba a otro Instituto. No es de aquí. No tiene familia, como yo. Vivimos juntas. ¡A propósito! Tú tienes estudios médicos.

—¡Oh, sí! Pero lo mío es la medicina espacial... Pero veamos. ¿De qué se trata?

Se reunieron en casa de Jana. Allí, Lewer junior, examinó los informes médicos de Stoker y, cuando los dejó, soltó un silbido admirativo:

—Ese Stoker trabaja con elementos ultramodernos, y no deja nada al azar. Tu amiga está en buenas manos.

—¿Tú crees?

—Cualquiera podría afirmarlo. Le ha hecho más pruebas de las que usualmente se hacen. Incluso ha ensayado la nueva tecnología del Vector.

Y Lewer siguió examinando los informes, para añadir:

—Realmente se trata de un médico excepcional. ¿Dónde le conociste?

—Es amigo de mi jefe.

—Bueno, lo de tu amiga parece bastante claro. Insuficiencia circulatoria, producida por..., pero no voy a machacarte con palabras científicas.

CAPITULOIV

El día siguiente Jana entró, con unos informes, al despacho de Donnatti, que se hallaba en la sala contigua, cuya puerta acorazada, estaba entreabierta.

Ya de por sí le pareció bastante extraño que hubiera alguien con su jefe, puesto que no había visto entrar a nadie en el despacho, pero a eso no le dio mayor importancia, porque si Donnatti hablaba con alguien, era porque había«alguien».

—Te dije que no volvieras a hacerlo. Es demasiado peligroso —decía la voz de Donnatti.

No pudo oír la respuesta del interlocutor del jefe, ya que sólo llegó hasta ella un murmullo.

Donnatti volvió a hablar:

—Si tienes algo que consultarme, llámame primero.

Jana percibió una risa algo apagada y de nuevo la voz de Donnatti, insistiendo:

—No vuelvas por aquí. ¿Está claro?

Curiosa, se aproximó a la entornada puerta acorazada, en el momento en que Donnatti la empujaba hacia fuera.

—¿Estaba usted aquí? Lamento haberla asustado...

—Vine a dejarle unos apuntes... Están ahí —y señaló la mesa de trabajo de su jefe.

—Bien. Luego los examinaré. ¿Algo más?

Jana miró hacia la puerta, y Donnatti, tras un silencio, se apresuró a cerrarla. ¡La cerró!

Jana pensó que Donnatti trataba de ocultar a su visitante, a menosque..., que pretendiera mantenerle encerrado...

No quitó los ojos en todo el día de la puerta del despacho de Donnatti. Puso un especial interés en averiguar las personas que entraban y salían.

Los que entraron, salieron. Donnatti no recibió visitas y, al término de la jornada de trabajo, Jana hubiera podido dar fe que de aquel recinto no salió absolutamente nadie que no hubiese sido concienzudamente controlado por la muchacha.

Sin embargo, allí dentro, en la habitación secreta... ¡Había alguien!

Donnatti salió tranquilamente para anunciar que estaba dispuesto a acompañarla, una vez más, a casa de Stoker.

Jana miró recelosamente la puerta, y murmuró:

—Lamentaría privarle de su trabajo —dijo.

—He terminado. Usted y yo somos los últimos en salir de la sección.

—Perdone. Es que pensé que estaba con alguien.

—¿Con alguien? No, por supuesto que no —repuso él, indicando seguidamente con un gesto que podían irse.

La segunda extrañeza de Jana tuvo por protagonista su amiga Hella, con la que pudo hablar igualmente a solas, en la amplia habitación que le había asignado el doctor Stoker.

—Voy a irme una temporada a descansar —anunció la enferma.

—¿Irte? ¿Adonde?

—A un sitio tranquilo... Sé que me conviene. Stoker quiere que me cure pronto.

—Pero tú no tienes familia. —Stoker sí la tiene en un lugar llamado Sharon. Dice que es maravilloso. Hay flores toda la temporada y el clima es mucho mejor. Cada día que pase allí, adelantaré diez veces más que si me quedo en una cama en la ciudad.

—¿Y... cuándo piensas marcharte?

—Hoy mismo.

—¡Oh! Pero no puede ser. Necesitarás cosas.

—Stoker me ha dicho que no me preocupe de nada.

—Pareces tener una gran confianza en Stoker...

—Latengo...

—Hella, no me tomes por una tonta, pero no sé..., no veo clara tanta prisa.

—Te llamaré en cuanto esté instalada. Te llamaré por el audiovisor... Adiós, y no te preocupes por mí. Sé que estaré bien.

Posteriormente, Stoker, a solas, le aclaró:

—Quiso decírselo ella misma. Naturalmente, pensaba consultar con usted.

—¿Tan necesario es que se vaya?

—Para su curación, por supuesto. Esas cosas, cuanto más pronto se arreglan, mejor. De este modo, se corta de raíz toda posible complicación.

—¿Dónde está Sharon?

—Al sur. Es el nombre de... de la villa de mi familia. Donnatti ha estado allí.

—Un lugar encantador, Jana. De veras —sonrió Donnatti.

—Bueno... Ella parece conforme, y si tiene que ser para su propio bien... ¿Qué puedo decir yo? —repuso Jana.

Al salir de allí fue a ver a Lewer.

Le contó sus temores, la repentina marcha de su amiga y dejó entrever su sensación de algo que tampoco supo definir.

—¿Qué es lo que temes en realidad? —inquirió Lewer, tras haberla escuchado, paciente y atento.

—No lo sé. De veras. No lo sé. Quizá es por lo que ha ocurrido hoy en la oficina... Ha influido también.

—¿Qué ha ocurrido?

Jana explicó la situación de su gabinete de trabajo, el despacho de Donnatti, la sala secreta, sin salida posible... La conversación del jefe con alguien que «no salió», y que «seguía allí dentro».

—¡Oh! —sonrió Lewer, quitándole importancia—. No te habrás dado cuenta de cuándo salía.

—He estado vigilando adrede, Lewer... No hay ninguna otra salida.

—Bien... Si temes que se haya podido maquinar alguna cosa contra esa amiga, podemos acudir a la policía, pero debes estar segura... Si tú misma reconoces que tu amiga está conforme con ese viaje...

—¡Oh, no sé...! No sé lo que me ocurre. Quizá pienses que me estoy comportando como una estúpida.

—Mira, te propongo que olvides esto, ¿eh? Y sé un modo de conseguirlo. El próximo fin de semana iré a visitar a unos amigos; puedes acompañarme. Yo también necesito asueto, ¿sabes? Estoy metido siempre en el trabajo...

—Y yo he venido a estorbarte.

—De ninguna manera. Es agradable hablar con una persona como tú.

Se interesó por su trabajo, relativo a la medicina espacial. Lewer le contó sus experiencias en vuelos.

—¿Has volado alguna vez?

—Sólo en autobuses, un par de veces.

—Me refería a viajar por el espacio, hasta los asteroides o las estaciones espaciales, e ir más allá.

—¿Has ido muchas veces?

—Menos de las que quisiera, pero espero que pronto pueda llevar a la práctica mi plan, cuando me concedan una nave experimental. Tengo el título de piloto, ¿sabes?

—¡Oh! Invítame un día —rio ella.

—Por mí, encantado —rio también. Se había establecido ya una

corriente de simpatía. Se hallaban a gusto, los dos.

Luego siguió un silencio, interrumpido por la conexión automática de la pantalla del televisor.

—¡Se me olvidaba! Es papá. Parece que está de moda. Hoy vuelve a hablar de los seres extraplanetarios. Es un tema que preocupa a todos.

—¿Tú crees que están entre nosotros?

—Pues..., sinceramente, sí. Locreo.

—¿De veras? —Jana no pudo evitar un escalofrío.

—Lopeor esquenadiesabeporquéestánaquí,

ni lo que quieren, o lo que pretenden conseguir... Eso es lo más extraño.

—Pero, ¿dónde están? ¿Cómo son?

—Físicamente, Jana, no se diferencian en nada de nosotros. Son como tú, como yo...

La voz del locutor cortó nuevamente el silencio que se había producido, tras las últimas y enigmáticas palabras de Lewer.

—Lamentamos comunicar que esta noche nos veremos privados de la presencia del profesor Lewer...

Jana y el joven cambiaron una mirada de extrañeza, mientras el locutor continuaba:

—El profesor se ha visto muy afectado por la repentina muerte de su secretaria, la señorita Stranner, acaecida hace tan sólo unos instantes, en circunstancias poco claras. La señorita Stranner cayó desde la planta treintadel edificio de la centralinformativa.

«Desgraciadamente —siguió el locutor—, los servicios de socorro no han podido hacer otra cosa que recoger su cadáver.

—Tengo que ir, Jana. Papá apreciaba mucho a su secretaria. Habrá sido un duro golpe para él.

CAPITULOV

—No comprendo... No comprendo cómo ha podido ocurrir —decía el profesor Lewer a su hijo—. Estaba aquí, en la sala, esperándome. Yo me retrasé un poco... La vi caer. Llegaba con mi vehículo. Oí un grito terrible y vi un cuerpo volando en el vacío. Quedó aplastada contra la tierra, a muy poca distancia. No sé cómo ha podido ocurrir.

—Tal vez estaba asomada y sintió un mareo —adujo Jana.

—Si me permiten... —intervino entonces un empleado del edificio—. Un inspector me ha estado haciendo preguntas... Les diré lo mismo que le dije a él.

Se volvieron hacia el recién llegado, que avanzó por la solitaria sala, una de tantas de la planta treinta, donde, en otras dependencias, se hallaban algunos de los estudios de la central informativa.

—¿Usted la vio? —inquirió Lewer padre.

—Sí. Estaba sentada ahí —señaló uno de los confortables butacones—. Estuve hablando unos instantes con ella, referente a ese tema tan apasionante de los extra-planetarios; luego me llamaron y la dejé. Cuando crucé el corredor la volví a ver. Ella estaba en la terraza. Entonces no le dije nada porque iba a cumplir un encargo, pero apenas hube caminado unos cuatro o cinco pasos, oí un grito terrible... En esa habitación.

El empleado hizo una pausa. Los Lewer cambiaron una mirada. Jana sintió un escalofrío.

—¿Era Stranner la que había gritado? —preguntó Lewer padre.

—Yo diría que sí. Claro que fue un grito tan estentóreo que... parecía imposible que pudiera surgir de una garganta normal...

—¿Vino usted hacia aquí? —inquirió ahora Lewer hijo.

—Por supuesto. Volví a esta sala, pero ya no había nadie. Me extrañó porque, como ven, no existe más entrada que ésta —y señaló el enorme portalón que daba acceso a la sala de espera— y no sé por

qué temí lo peor... Me asomé, y ella ya estaba en la calle... Fue horrible.

—¿Por qué gritaría? —inquirió Lewer padre.

—Por miedo, señor. Sin duda alguna, aquel grito era de pánico, de terror. De eso sí que estoy seguro —añadió el empleado.

—¿Y no había nadie más en esta sala? —insistió Lewerhijo, terciando.

—En absoluto, señor. De esto puedo dar fe. Estaba ella sola. Dos segundos antes la había visto, y estaba sola. ¡Completamente sola!

—Es extraño —terció Jana—. Esto es exactamente lo que le ocurrió a Hella, sólo que ella cayó desmayada.

—¿Te refieres a tu amiga? —preguntó Lewer hijo.

—Sí, claro. Gritó como si hubiese visto algo que la aterrorizara.

—Pero eso fue en el despacho de tu jefe —adujo de nuevo Lewerhijo—, y allí... tampoco había nadie.

Las últimas palabras las dijo lentamente, relacionando los hechos entre sí.

—No, no —rectificó—. Tienen que ser cosas distintas.

El inspector hizo acto de presencia para llevar a cabo las últimas aclaraciones.

—¿Cómo puede explicarse lo ocurrido? —murmuró el inspector.

—No losé. Pero intentaré averiguarlo. —Y luego añadió—: Lo quetuvo que verfueterrible, porque Stranner no se asustaba fácilmente.

—Tengo una idea, Jana. Me gustaría hablar con tu jefe y con ese médico que atiende a tu amiga —terció el joven Lewer.

Luego, ya camino de la casa de Donnatti, Lewer comentó:

—Ya sé que parece absurdo. Son cosas distintas. Tu amiga tiene una enfermedad circulatoria y, según parece, gritó a causa del dolor de una punzada, pero tú has insistido siempre en que cuando la oíste gritar te pareció que era a causa de algo que le produjo miedo.

—Y lo mismo pensaron entonces mis compañeros de sección —
repuso Jana.

—Bien, por preguntar no perderemos nada. Por cierto, ¿cuál es el
trabajo específico de tu jefe?

—Diseña prototipos volantes.

—¿Aerospaciales?

—Sí. Nosotros hacemos los planos secundarios por secciones y él
procede al acabado. Su trabajo es supersecreto, sólo lo conoce él y
algunos altos directivos de la empresa. Mira, es ahí. Vive en esa casa.

Al detener el vehículo, observaron que la casa estaba oscura,
como si no hubiese nadie en el interior.

Llamaron, sin obtener respuesta.

—No está —murmuró ella—. ¡Qué contrariedad!

Lewer miró hacia la puerta del hangar, y observó:

—Parece que no está cerrada. —Se aproximó y empujó levemente;
la puerta cedió.

—¿Hay alguien ahí? —gritó, pero no recibió respuesta.

Ella dio un leve empujón a la puerta basculante, que se alzó para
esconderse en la trampilla superior, dejando al descubierto el hangar,
en cuyo centro se hallaba el aerotransporte rápido, que consistía en un
bólico ovalado, con trípode para descansar sobre la superficie. La
parte superior del oval era transparente.

Al observar el artefacto, Lewer llegó a una conclusión:

—Parece que no lo usa mucho. Está bastante descuidado. ¿No
crees?

Jana observó la puerta del fondo, y murmuró:

—Debe comunicar con la casa. Quizá esté dentro y no nos haya
oído. —Avanzó hacia la puerta, pero estaba cerrada; llamó, pulsando
el resorte, sin obtener respuesta.

—Bien. Vayamos a casa del doctor. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Stoker.

—Eso es. Vamos. Cerraremos esto bien.

—¿Me buscaban? —preguntó entonces la inconfundible voz de Donnatti.

Jana se volvió, con un sobresalto. No le había oído llegar.

—¡Oh, señor Donnatti!

—¿Cómo han entrado?

Jana presentó a Lewer, quien asu vez aclaró:

—La puerta estaba entreabierta; lo lamento, espero no se haya molestado.

—Jamás podría molestarme con el amigo de una de mis mejores colaboradoras en la sección. Y ahora, díganme: ¿por qué querían verme?

De nuevo fue Lewer quien tomó la palabra:

—Jana me ha hablado de su amiga Hella. Verá, señor Donnatti, ha ocurrido algo que...

Donnatti les invitó a pasar al interior de la casa. Lewer relató lo que acababa de sucederle a la secretaria de su padre, y añadió:

—He pensado que usted podría intentar recordar algo...

—Creí que esto ya estaba claro. Yo no me hallaba presente cuando Hella gritó, y mi amigo el doctor Stoker, ya certificó que el grito de la muchacha fue producido por el dolor.

—Yo siempre pensé que ella se había asustado por algo —insistió Jana.

—No creo que en mi despacho haya algo capaz de asustar, Jana. Usted entra y sale muy a menudo. ¿No es cierto?

Se hizo un silencio. Lewer lo cortó:

—Bien, tal vez el doctor Stoker pueda ayudarnos. Pensábamos ir a verle.

—No lo hagan. No está; acompañó a Hella a Sharon. Usted sabe que tenían que ir esta misma tarde. ¿Verdad, señorita Jana?

—Sí, pero pensé que todavía estaría aquí.

—Pues no. Vengo precisamente de allí. Lo siento.

Donnatti les acompañó hasta la puerta y permaneció en el umbral hasta que vio desaparecer el vehículo.

Luego entró, apagó las luces y avanzó por la amplia sala, que cruzó hasta llegar a la pieza contigua; siempre a oscuras por completo, se plantó en mitad de la estancia, y dijo en voz alta:

—Sospechan algo, pero no saben exactamente qué.

Sorprendentemente, surgió una segunda voz que, muy similar al murmullo que Jana había oído en la cámara secreta de Donnatti, dijo:

—Jana es muy inteligente, quizá demasiado. Habrá que tenerlo en cuenta.

—Sí, ya lo sé —repuso quedamente Donnatti.

CAPITULOVI

La comunicación audiovisual se puso en marcha. La pequeña pantalla mostró el rostro de Hella, cuya voz llegó por el receptor acoplado:

—¿Dónde estabas? He intentado comunicar contigo varias veces.

La aparición de Hella por la pantalla volvió a tranquilizar a Jana.

—¡Oh! ¿Ya has llegado? Me alegra saber que estás bien. ¿Qué tal el viaje?

—Estupendo, igual que el lugar. Es un sitio encantador.

—Debe ser muy cerca.

—Bueno, no puedo decírtelo exactamente. Hemos viajado muy de prisa.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Ahora debo dejarte. Me están esperando. Ya volveré a ponerte en contacto contigo.

—¡Oye!No te vayas... ¿Dónde puedo llam...?

No continuó. La imagen de su amiga se había borrado ya de la pantalla, y la comunicación quedó cortada.

Jana pulsó varias veces, insistiendo para recuperar la conexión, y la pantalla volvió a iluminarse para dar paso al rostro de Stoker, sobre un fondo rojizo, quien dijo:

—Ya ha visto que su amiga se encuentra perfectamente. Lástima que tenemos algunas dificultades en la recepción de líneas. Hasta que no quede subsanado,usted no podrá llamar; pero no se preocupe. Hella la llamará a usted cada día. Adiós, señorita Jana.

—Adiós,doctorStoker.

Casi sin darse cuenta, Lewer pasó por delante del edificio donde

tenía su morada el doctor Stoker.

Detuvo el vehículo y miró hacia lo alto. Recordaba las señas que Janale había facilitado.

Vio luz en la terraza, y pensó en la posibilidad de que Stoker estuviera en la casa, pero lo descartó por imposible. No obstante, la luz le intrigó, y sintió curiosidad.

Poco después se hallaba ante la puerta del médico. Llamó, y el propio Stoker salió a abrirle.

¡Stoker estaba allí y, sin embargo, instantes antes, había hablado con Jana desde Sharon!

—Discúlpeme. ¿Es usted el doctor Stoker? —inquirió el joven Lewer.

—Sí.

—Pensé que no estaría usted. El señor Donnatti me dijo que había acompañado usted a una joven paciente a...

—¡Ah! ¿Es usted amigo de Donnatti? Pase, por favor.

—Sí. Verá, soy amigo de la señorita Jana.

—Comprendo, comprendo... ¿Y quería verme a mí? Bien... Dígame en qué puedo servirle.

—Bueno. Yo vi los informes que usted hizo con respecto a esa amiga de la señorita Jana. Un gran trabajo. No dejó usted nada al azar, doctor.

—Debo entender que usted es también médico, señor...

—Lewer.

—¡Oh! Usted no puede ser el prestigioso profesor.

—Soy su hijo.

—Lo imaginaba. Dígame. ¿Hace mucho tiempo que estuvo hablando con Donnatti?

—No, no mucho; fue él quien me dijo que no estaba usted en su casa.

—Acabo de regresar. Dígame: ¿Qué es lo que le preocupa? Póngase cómodo. Se lo ruego, Lewer.

Los dos hombres se quedaron largo tiempo en silencio, un silencio que, sin embargo, no se hizo embarazoso; era una mutua observación, como si cada uno intentara llegar más allá de los pensamientos del otro.

* * *

—Es un hombre muy correcto —dijo Lewer a Jana, a la mañana siguiente.

Había ido a su encuentro para contarle su entrevista, y Jana mostró su rotunda extrañeza.

—¿No te das cuenta, Lewer? ¡Stocker acababa de hablar conmigo, desde Sharon! ¡No podía estar en Sharon y a la vez en su casa!

—Ya me dijo que había hablado contigo por el audio-visor.

—Esto sólo puede significar una cosa, Lewer.

—¿Cuál?

—Que Hella sigue allí. Han dicho que se la llevaron para que no vuelva a verla.

—Es absurdo, Jana —repuso Lewer, pensativo—. Dijiste que ella misma había hablado contigo.

—Sí —pensó ella también—. Ciertamente indicó que estaba en ese extraño lugar... Sharon, pero puede que la obligaran con amenazas, Lewer. Tenemos que hacer algo.

—Espera... Te dije que Stoker era un hombre muy correcto. Es también muy inteligente.

—¿No notaste nada extraño cuando hablaste con él anoche?

—Sí, en parte; pero yo dejaría las cosas igual de momento. Pienso que a tu amiga no le sucederá nada; al menos por el momento.

—Tú también te sientes preocupado, ¿verdad? Noto como si me ocultaras algo.

Él no contestó, mas la muchacha insistió:

—Creo que es el momento de avisar a la policía.

—No. No lo hagas. Todavía no.

Habían llegado ya frente al gran edificio donde ella trabajaba. El vehículo se detuvo.

—Tengo miedo, Lewer. No por mí misma, sino por algo..., no sé... Es como si estuviera envuelta en una extraña red. Donnatti, Stoker...

El seguía silencioso, mirando hacia el frente, con una idea fija en su mente o tal vez con un revoltijo de ideas poco claras todavía.

—Tengo que hablar con mi padre. Mañana te recogeré para ir con esos amigos. ¿De acuerdo?

—Sí, Lewer, creo que ahora más que nunca necesito evadirme un poco de lo que me rodea.

La dejó a ella para proseguir su viaje. Poco después, Lewer entraba en el estudio de su padre.

—¡Hola! ¿Eres tú? Creí que estarías trabajando.

—No, padre. He venido a buscar tu estudio sobre las comunicaciones extraplanetarias.

—Está sobre mi mesa. Tuve que sacar algunos datos.

El joven tomó el volumen donde se contenían los estudios de su padre, y le preguntó:

—¿Qué dijo el inspector anoche, sobre la muerte de tu secretaria?

—Nada en concreto, hijo. Ellos piensan que fue un desvanecimiento.

—¿Y tú, padre, qué piensas?

—No lo sé. De veras. Todo sucedió tan de prisa, y de forma tan extraña...

—Padre, tú siempre sostuviste la tesis de que cualquier ser venido de otro mundo podría ser a imagen y semejanza nuestra. ¿No es cierto?

—Sí. Es una teoría.

—¿Podría ser un monstruo?

—¿Un monstruo?

—Una criatura cuyo solo aspecto inspirara terror.

—Entra en lo posible, pero si piensas que Stranner pudo ver a un ser monstruoso, recuerda que el empleado no vio nada. Repitió, una y otra vez, que mi secretaria estaba sola. Fue el primero en acudir y encontró la sala vacía, y él estaba en el corredor. ¡No habíanadie! —recalcó el profesor, como si aquello le obsesionara.

—¿Para qué quieres esto? —preguntó su padre.

—Padre, ¿cuántos médicos calculas que puedan tener en su casa una instalación completa de Vector y pantallaVectográfica?

—Supongo que en algún hospital se usa para fines experimentales.

—Yo conozco a un doctor que posee en su casa la instalación más moderna que puedas haber visto jamás. Anoche la vi.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, inquieto, el profesor.

—No se trata de una instalación normal, te lo aseguro. Estoy convencido de que el doctor Stoker puede transformar la materia.

—¿Stoker? No oí nunca ese nombre.

—No. Yo tampoco lo había oído. Debe ser un médico extraordinario. No cabe duda.

—Espera, hijo. ¿Dónde quieres ir a parar?

—No lo sé. Pero tu estudio quizá eche un poco de luz a mi mente confusa. Ahora no puedo decirte nada más.

—Ya has dicho bastante, hijo. Si un hombre es capaz de transformar la materia...

—Sí, padre. Sé lo que estás pensando.

—Un ser humano, de un planeta a miles de años luz, podría... viajar a la misma velocidad de la luz. ¡Proyectarse!

—Creo que es una idea absurda, pero tengo dos buenas razones para pensar que esos hombres extraplanetarios existen, y puede que yo conozca a un par de ellos.

CAPITULO VII

El nutrido grupo de jóvenes de ambos sexos conversaban y reían en derredor de la gran piscina bordeada de césped. Al fondo estaba la casa club de recreo.

El agua, templada, era tentación para los que gustaban de nadar. Otros preferían charlar tumbados sobre aquella alfombra natural de bien cuidada césped.

Lewer habían hecho la presentación de Jana a sus amigos, que celebraron su presencia.

—No viene nunca por aquí. Va a envejecer antes de tiempo con tanto estudiar.

—Todo es propiedad del club.

—Es un lugar maravilloso.

—¿Quieres nadar? —preguntó Lewer.

—Sí, vamos.

—¿Por dónde? —inquirió ella.

—Por ahí.

—Esto es como un laberinto.

—Lo es, ciertamente. A veces a los nuevos les gastan la broma de llevarles hasta algún punto, y luego dejarles para que vuelvan solos. A más de uno han tenido que ir a buscarle. Uno podría pasarse días enteros aquí.

—Suerte que llevo un buen guía.

Habían estado andando un buen rato.

—Uf. Estamos muy lejos —murmuró ella.

—¿Estás cansada?

Se hallaban cerca de un estanque. Había bancos para sentarse, y Lewer la llevó hasta uno de ellos.

Pero jamás llegaron a tomar asiento. Un grito lo impidió.

Un grito estentóreo, horrendo. Un grito de terror.

Se miraron el uno al otro. Ella recordaba un grito parecido. Para Lewer era nuevo.

—¡Por allí! —indicó—. ¡Espérame!

—No. Voy contigo —repuso ella.

Echaron a correr.

El silencio parecía ahora más absoluto. Sólo oían el ruido de sus pisadas aceleradas.

Detuvieron la carrera en una de las plazoletas que se formaban al término de los senderos. Lewer trató de orientarse, y eligió otro de los caminos.

La incertidumbre y el esfuerzo aumentaba el ritmo de los latidos de sus respectivos músculos cardíacos.

Otra plazoleta y nueva parada para que Lewer decidiera el camino a seguir.

—Seguramente será cerca de la laguna —murmuró él, torciendo de nuevo por un sendero más largo que los demás—. Hay una salida, al fondo.

Jana jadeaba, pero seguía sin perder el ritmo que Lewer imponía en la carrera.

El sendero se hacía interminable. Ella se detuvo unos instantes, cansada.

Se oían algunas voces, al otro lado de los setos.

—Creo que vamos por buen camino.

Reemprendieron la carrera. Al llegar al final, un corto paso permitía salir de aquella zona para llegar a un campo abierto. La laguna estaba al final.

Otros habían llegado antes que ellos y estaban alrededor de alguien, que se hallaba tendido en el suelo.

Cuando Lewer y Jana llegaron junto al grupo, supieron que se trataba de Juka. Una muchacha de la edad de Jana, aproximadamente. Se hallaba inmóvil sobre la hierba.

Un compañero de Lewer la estaba auscultando. Se volvió hacia los otros.

—Yo diría que está muerta.

—¡Déjame! —pidió Lewer, y ocupó el puesto del otro—. ¡Y apartaos, por favor! estáis cortando el aire!

Se retiraron los demás. En los rostros de cada uno quedaba bien patente el momento dramático e inesperado.

Alguien comentó:

—Fue un grito espantoso.

—¿Con quién estaba?

—No lo sé.

Alguien intervino:

—Habíamos ido a dar un paseo. Juka me dejó en el laberinto y echó a correr. Siempre le gustaba correr —explicaba el compañero de Juka. Luego la oí gritar.

Alguien apuntó:

—Nosotros estábamos entre los árboles. Al otro lado de la laguna.

—Entonces debisteis verla.

—Cuando asomamos —dijo el que había hablado antes—, la vimos en el suelo. No había nadie. Corrimos hacia ella, y vimos que otros venían en la misma dirección.

—Entonces, ¿por qué gritó?

—Parecía un grito de miedo.

Lewer dejó de auscultarla.

—Tiene el corazón muy débil. ¡Que alguien vaya en busca de un recipiente comprimido! Es lo único que podemos hacer. No hay que pensar en moverla... ¡Daos prisa!

Mandó a los otros que se separaran, mientras procedía a darle continuos masajes al corazón.

Jana se aproximó un poco más, mirando la escena, aterrada. ¡Le recordaba tanto a lo ocurrido con Hella! Y no pudo menos que murmurar:

—Tuvo que ver algo espantoso. Como mi amiga.

Lewer se volvió hacia ella.

—Sí. Crea que tienes razón —comentó.

* * *

El recipiente contenía un oxígeno especial para casos de suma emergencia.

Su aplicación a la desfallecida Juka comenzó a surtir efectos. El pequeño recipiente, con los conductos correspondientes, era manejado por las hábiles manos de Lewer, que murmuró:

—Acercad el vehículo. La llevaremos dentro. Ahora necesitará más descanso, y seguramente más oxígeno.

El mismo la llevó en brazos, mientras otros compañeros sujetaban el recipiente y cuidaban que los tubos continuaran en la misma posición.

Poco después, Juka era depositada sobre una cama.

Jana guardaba silencio. Ahora estaba más que convencida que aquellos tres casos tenían que guardar forzosamente relación entre sí.

Entonces apareció en la sala, donde se hallaban reunidos casi todos, el doctor Boskell. Todos le conocían; era un hombre maduro, que llevaba algún tiempo afiliado en el club.

—¿Ocurre algo? Me ha extrañado no ver a nadie fuera.

Le contaron, a grandes rasgos, lo ocurrido. Alguien dijo:

—Lewer está con la muchacha.

Jana seguía en su actitud pensativa, y así hubiese continuado, de no haber visto aparecer por el fondo a otra persona. ¡Donnatti!

¡Donnatti estaba en el club!

CAPITULO VIII

Boskell, hombre sumamente campechano, explicó:

—Este señor tuvo una avería en su vehículo, y yo le ayudé. Como ya empieza a ser hora de tomar un refrigerio, pensé que podríamos obsequiarle con algo.

De esa manera explicó la presencia de Donnatti en el club, pero Jana presentía que aquello no era casual.

Donnatti, al reconocer a su empleada, se aproximó:

—Parece que hoy estamos predestinados a encontrarnos... ¿Es grave lo de esa amiga?

—Le ocurre igual que a Hella, señor Donnatti —soltó la muchacha, mirando asu jefe fijamente.

—¡Oh! ¿Ya han podido diagnosticar?

—Me refiero a los comienzos. Juka gritó también, luego se desmayó y dio la sensación de que estuviera muerta.

Boskell intervino:

—Si me permiten, entraré a verla. Tal vez pueda echar una mano a Lewer.

Lewer apareció en aquel instante por la puerta de la sala donde se había improvisado la cama para Juka.

Ambos se conocían, aunque no se hubiesen tratado.

—Es el doctor Boskell —dijo uno de los compañeros de Lewer—. Un gran cardiólogo.

—Pues llega a tiempo, doctor. Juka no acaba de reaccionar. Vive, pero temo que aquí no se pueda hacer gran cosa. Necesitaríamos instalarla en un hospital.

—Déjeme verla.

Boskell entró en la habitación. Lewer observó la presenciadeDonnatti, ycambióunamiradaconJana; luego entró con Boskell.

—La oí gritar —explicó el joven—. Me dio la sensación de que, repentinamente, había visto algo que le infundió pánico. Al menos, su grito daba esa sensación: miedo.

—Ya —murmuró Boskell, examinando el aspecto de lamuchacha—. ¿Le ha dado oxígeno?

—B-2. Es el de mayor potencia. Dos recipientes, pero necesita algo más.

—Eso es evidente. Está en pleno *shock*. Puede sufrir el colapso de un momento a otro.

—Podemos trasladarla, con un aerotransporte rápido y acondicionado.

—Creo que no será necesario. Veamos. ¿Dónde tienen su botiquín?

—Ahí, en la otra habitación.

—¿Tienen comprimidos ultrasensitivos?

—¿Un excitante?

—Justo.

—Pero, doctor...

—Ande, tráigame eso... y la lista de lo que hay. Dese prisa. Yo me ocuparé del oxígeno.

Lewer obedeció.

—Bueno —murmuró el doctor—. Parece que esto va bien.

Y Lewer se encontró gratamente sorprendido, al ver que Juka empezaba a moverse.

—¡Se ha recuperado!

—Estas cosas son así, a veces. Pueden degenerar en un empeoramiento o... ya ve usted. Creo que no hará falta el excitante.

De todos modos, téngalo a mano.

Luego volvió la mirada hacía la muchacha y murmuró:

—Debe encontrarse un poco débil, ¿eh?

—Sí, un poco —musitó ella.

—¡Juka! —intervino Lewer—. Celebro que te hayas recobrado. ¿Qué te pasó? ¿Lo recuerdas?

—No sea tan impaciente, Lewer. Acaba de salir de un *shock* tremendo, y aún no se ha repuesto del todo —sonrió Boskell.

—Pero puede recordar. ¿Verdad, Juke? —insistió Lewer.

Ella le miró de una forma extraña. Sus ojos, aunque clavados en los del joven médico, parecían mirar más allá.

—Juka... —empezó Lewer.

—No pasó nada —murmuró ella.

—Gritaste. Lo oyeron todos.

—¡Oh, sí!

—¿Qué viste?

—¿Ver?

Boskell insistió:

—Déjela descansar ahora.

—¡Es muy importante, doctor!

—También es importante que ella sane por completo, ¿no?

—Sí, claro.

Juka seguía con aquella mirada indefinida. Boskell añadió:

—Temo que ahora recuerde poco. Es como si hubiese pasado de la muerte a la vida.

Lewer se aproximó todavía más.

—Juka. Todos se alegrarán de saber que te has recuperado.

—Gracias, Lewer —murmuró ella, con voz lejana y aquella misma expresión de total ausencia.

* * *

—Soy el profesor Lewer, perdone que le importune en día festivo, pero mi hijo, al que usted conoce, me habló de sus instalaciones.

El doctor Stoker sonrió e invitó a entrar a su visitante.

—Es tema de mi trabajo, doctor. Espero que lo comprenda.

—Le he oído hablar muchas veces a través de la televisión, doctor —sonrió el médico.

—Me ha costado mucho dar con usted. Mi hijo no me proporcionó las señas. Y no figura usted en la guía de médicos.

—Me dedico a trabajos privados: En cierto modo soy investigador.

—¿Podrá enseñarme esas instalaciones de Vector?

—Por supuesto. Venga conmigo.

Stoker hizo pasar al profesor a su laboratorio-estudio, y Lewer no pudo por menos que admirar todo cuanto vio.

—¿Cómo consiguió esto?

—Sería muy largo de contar.

—¿Y la pantalla, doctor?

—Por aquí.

En el cuarto contiguo, Stoker mostró la sala que su hijo le había descrito, con el sillón, la pantalla mural, el pupitre de los mandos.

—Maravilloso...

Lewer estaba embobado. Era un científico.

—Celebro que le guste.

—Por favor, doctor Stoker. Hágalo...

—¿Hacer qué, profesor? —inquirió Stoker.

—Una demostración.

—¿De qué, profesor?

—Usted sabe, tan bien como yo, para qué sirve esto. Utiliza el sillón, ¿verdad?

El profesor avanzó hacia el pupitre y examinó los extraños signos anotados debajo de cada uno de los pulsadores.

—Utiliza una clave, ¿verdad? —inquirió Lewer.

A lo cual no obtuvo ninguna respuesta. Sólo la insistente y penetrante mirada del doctor Stoker.

—Había soñado tantas veces con una cosa así... ¿Cómo experimenta, doctor?

De nuevo recibió el silencio por respuesta.

—¡Hágalo, doctor Stoker! —murmuró—. Haga lo que usted sabe.

Y el profesor cerró los ojos. Parecía estar soñando en algo maravilloso, casi irrealizable.

CAPITULOIX

Donnatti y Boskell se habían ido ya del club residencial.

Juka seguía en el club, acostada.

—Nosotros podemos irnos también —dijo Lewer a Jana—. Ya cuidarán de ella. Tres amigos van a quedarse. Ahora parece que ya está mejor.

Jana la había visto y estaba impresionada.

—Tiene la misma mirada que Hella; habla del mismo modo.

—Sin embargo, Stoker no intervino.

—¿Y la presencia de Donnatti?

—Cualquiera podría decir que ha sido pura coincidencia, ¿no? El no intervino. Ni siquiera entró a ver a Juka.

—Sí, es cierto, pero... —Miró al hombre y añadió—: Sé que tú estás pensando algo. Desde anoche. Por favor, Lewer... Dime algo.

—Estoy pensando, sí. No voy a ocultártelo, pero no puedo decirte nada en concreto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que temes?

—Todavía no lo sé. Tengo que hablar con mi padre.

Pero cuando Lewer llegó a su hogar lo encontró vacío.

—Stoker... —dijo en voz alta.

Seguidamente contabilizó las llamadas del audiovisor y obtuvo un registro elevado de pruebas realizado aquella mañana.

«No le di las señas —pensó el joven—. Ha estado buscando el domicilio de Stoker...

Ya no lo dudó. Carecía de pruebas, pero conociendo a su padre, dedujo lo ocurrido.

Tomó el vehículo, que no detuvo hasta llegar al mismo edificio donde residía Stoker. Subió con el elevador hasta la planta veinte, y llamó a la puerta.

—Bien venido, Lewer.

—Perdone, doctor. Creo que mi padre ha venido a visitarle. ¿Me equivoco? —soltó sin ambages.

—No. Estuvo aquí, ciertamente. Pase usted.

—¿Hace mucho? Estoy algo intranquilo. No ha regresado todavía.

—Aquí no está, por supuesto —repuso Stoker, mientras Lewer caminaba hacia el interior, observando aquella magnífica y funcional sala.

—No sé dónde puede estar.

Stoker avanzó hacia él. No dijo nada.

—Doctor, anoche hablé a mi padre de sus instalaciones.

—Sí, lo sé —atajó Stoker—. Vino a verlas y se las mostré con sumo gusto. Su padre es una persona encantadora. Creo que quedó plenamente complacido.

—¿Cuánto hace que salió de aquí?

—Pues bastante rato. Se lo aseguro. Pero no se preocupe por su padre. Está bien.

Y el doctor miró fijamente a Lewer.

—Bien. En ese caso...

Lewer miraba, a su vez, a Stoker con insistencia.

—¿Desea algo más? —inquirió Stoker.

Lewer tenía un pensamiento fijo, una palabra, Or'kan, y un nombre: Iklao.

Stoker permanecía impasible, sosteniendo la también profunda mirada de Lewer, que al fin preguntó:

—¿Hablaron de la transformación de la materia?

—Hablamos de muchas cosas. Su padre, insisto, es persona muy inteligente.

—Iklao... Or'kan —murmuró:

Stoker siguió sin moverse.

—Usted tiene que entender esto... ¿No le habló mi padre?

—Hablamos de muchas cosas, científicas por supuesto—adujo Stoker.

—¡Or'kan! Le hablo de eso, Or'kan... Él lo sabe, y yo también. Por lo menos, los métodos. El poder. Vamos, Stoker... Sólo pretendo comunicarme. Saber. Mi padre es científico y yo me ocupo de la medicina espacial. Desconocemos muchas cosas.

—Nunca se llega a saber todo, amigo mío.

—No quiere usted entenderme... Yo no soy enemigo de nadie. Quiero saber... Saber...

No hubo respuesta, sólo la mirada penetrante del doctor. Pero Lewer era tenaz:

—Doctor... Esas chicas... Hella, la secretaria de mi padre... Hoy ha sido una muchacha llamada Juka...

—¿Qué es lo que quiere saber, Lewer? —preguntó al fin Stoker.

—Todo. Todo lo posible... ¿De dónde vienen, ustedes? ¿Qué buscan entre nosotros? Tienen un poder superior, disponen de sentidos que nosotros desconocemos, tal vez porque nadie nos ha enseñado a utilizar...

Continuó, después de una pausa:

—Han demostrado que no quieren hacernos daño... Iklao salvó una vida. Quizá otros hayan hecho lo mismo, en otros lugares de nuestro planeta. Nadie les perseguirá. Pero conteste a mis preguntas.

—¿Supone que yo puedo contestarle a todo?

—Sí.

—¿Me cree un ser superior?

—Tal vez.

—No está seguro.

—Creo que sí. Or'kan. Esta es su procedencia. Ignoro dónde está, pero casi estoy seguro de algunos de sus sistemas, los de comunicación, por ejemplo... La hipnosis. Los desplazamientos. Transmiten la materia. Son proyectados... Anoche usted estaba en Sharon y prácticamente estaba aquí mismo, a la vez.

—Yo no le dije que estuviera en Sharon.

—Acababa de hablar con Jana.

—No le dije a Jana que estuviera en Sharon. Ella pudo imaginarlo, ¿no?

—Pero no lo imaginó, ¿verdad?

—Lewer... Me supervalora demasiado. Le aseguro que soy un ser vulgar. Tan vulgar como otro cualquiera. Vuelva a su casa. Créame.

—No, Stoker. Ahora no. Usted no puede dejarme así. Yo he sido sincero. Oblígueme a irme. De lo contrario, no saldré de aquí. ¡Usted puede obligarme!

Se hizo el silencio, que rompió Stoker para murmurar quedamente:

—Váyase por su propia voluntad. Yo no puedo obligarle.

—Usted sabe que le he descubierto. Y sé más cosas. Iklao era, en apariencia, un empleado de los basureros que recogen los detritus... He pensado en eso. Restos de miembros. Los utilizan para experimentar. Es materia muerta, pero materia. La transmutan. La proyectan... Dígame que me equivoco.

—Es usted muy curioso, Lewer. Está bien, venga. Después se irá usted de aquí sin hacer más preguntas. ¿De acuerdo?

CAPITULOX

Stoker sacó de una jaula climatizada una cobaya. Era un magnífico ejemplar, bien alimentado y dócil.

Lewer siguió al doctor hasta la sala siguiente, donde Stoker dejó al animal sobre la butaca. Luego se dirigió al pupitre y graduó la luz, dejando la estancia en una grata penumbra. Sólo el animal quedaba profusamente iluminado, gracias a un foco apenas visible, que surgía del techo de la sala.

Otra luz iluminó la pantalla, dándole una tonalidad resplandeciente. La intensidad era tal, que su reflejo dañaba la vista.

De pronto, la luz fue cambiando de tonalidad hasta llegar a un rojo vivo, estridente que, sin embargo, podía soportarse.

Stoker siguió manipulando en el pupitre, sin pronunciar palabra.

La luz del foco se convirtió en roja, mientras la cobaya permanecía inmóvil por completo.

Más manipulaciones para avivar los colores. Luego todo sucedió de forma relampagueante.

Todo era irreal. La luz insoportable y la vibración contenida en la amplia sala.

La oscuridad puso una agradable pausa a aquel tormento. Todo volvió a la realidad.

La sala recobró la luz grata, indirecta. La pantalla recobró su tono plateado, y la butaca... La butaca se hallaba vacía.

—¿Es eso lo que quería ver? —inquirió la voz grave de Stoker.

—Lo ha conseguido. Ha transmutado la materia.

—No. He perdido una cobaya, simplemente. No hay transmutación. No hay proyección. Son sólo experimentos. Ahora células vivas flotan por algún lugar. No es posible recomponerlas. Falta algo... Eso es todo.

—Lo conseguirá, Stokes... Algún día lo conseguirá...

—Usted creía que poseía un gran poder. Ya ve que no.

—Pero usted...

—Se acabaron las preguntas. Ese fue el trato. Adiós, Lewer.

Nadie obligó al joven a dejar la casa, pero lo hizo. Había abusado, por ser la primera vez que enfocaba el tema valientemente. Stoker no había negado; le había hecho una simple demostración. Muchas respuestas quedaban en el aire.

Sí. Por un día era suficiente, pero estaba seguro de que, poco a poco-, llegaría a convencer a Stoker.

Conteniendo su excitación, regresó a su casa y la encontró solitaria. Su padre todavía no había regresado.

Iba a utilizar el audiovisor, pero se contuvo.

Fue entonces cuando la, televisión informó, a través de la señal, que era la hora de las noticias locales.

Lewer conectó el aparato casi por rutina. La gran pantalla enfocó entonces un lugar conocido.

Justamente era lo mismo que Jana estaba viendo desde su casa.

El informador dio la noticia:

—Están viendo ustedes la residencia club de la cual ha desaparecido una persona, según denuncia oficial, efectuada hace escaso tiempo.

El locutor prosiguió:

—Esta mañana, una muchacha llamada Juka sufrió un extraño accidente... —y el locutor continuó con la historia, de la que tanto Jana como Lewer habían sido testigos.

Al concluir con la reseña, el locutor prosiguió:

—Tres miembros del club permanecían en la casa, mientras Juka seguía en la cama descansando del *shock* sufrido y del que consiguieron curarla los doctores Lewer y Boskell, el primero de ellos especialista en medicina espacial, hijo del eminente profesor Lewer, experto en ciencia espacial...

Tanto Jana como Lewer estaban pendientes de aquellas palabras.

El locutor continuaba hablando:

—Al parecer, según declaración de los tres testigos que quedaron en el club, un familiar de Juka fue en su busca para llevársela, pero posteriormente el habitual acompañante de la muchacha, al llamar para interesarse por ella y serle comunicado que la joven ya no se hallaba allí, declaró que Juka no tenía familia alguna y que vivía en compañía de otras muchachas, en un pabellón del sector Sur, cerca de la fábrica de envasados donde trabajaban.

Jana agrandó los ojos. Veía una mano extraña en todo aquello.

El locutor prosiguió con su informe:

—Como sea que en el pabellón ninguna de las compañeras de Juka se había enterado ni tan siquiera de lo ocurrido, y la muchacha no estaba allí, se dio cuenta a la policía inspectora para que trate de descubrir los hechos y localizar á la persona —un hombre— que acudió para llevarse a esa muchacha que ahora se halla en ignorado paradero.

Apenas el locutor concluyó el informe, ya estaba Jana a través del audiovisor. Lewer contestó su llamada.

—Sí. Acabo de oírlo.

—Ahora ya no hay duda, Lewer. Se trata de algo preparado.

—Quizá no sea preparado, pero corta. Tengo que ponerme en contacto con una persona. Hablaremos luego.

La persona con quien Lewer habló seguidamente, y cuya imagen apareció por la pantalla era Stoker.

—¿Qué puede decirme de esto, Stoker? Usted sabe qué significa esa desaparición. Ahora no puede mentirme.

—¿Otra vez, Lewer?

—Mi padre tampoco está en casa, Stoker.

—Adiós, Lewer.

—Escuche, Stoker, la policía va a intervenir. Esa chica, Juka, es noticia.

—¿Y qué?

—Stoker... Yo ignoro su poder. Sé que lo tiene, pero si interviene la policía, puede estropearse todo, ¿no? Colabore, por favor. Yo no intento hacerles ningún daño, pero ustedes no son invulnerables.

—Nadie es invulnerable, querido amigo, y quédese tranquilo.

Stoker cortó, sin haberse pronunciado en ningún sentido. Lewer estaba confuso. Sabía que Stoker era uno de ellos, pero no podía probarlo. El jamás se pronunció en ese sentido. Como si algo se lo impidiera.

¿Por qué obraba de aquel modo?

Lewer acabó por pensar si no estaría equivocado.

* * *

—Quiero que me introduzcas en la cámara secreta de Donnatti —dijo Lewer a Jana.

Había acudido a su casa aquella misma noche.

—Eso no va a ser posible. Donnatti la tiene siempre cerrada.

—Dijiste de que había hablado con alguien. Es posible que no haya nadie, pero necesito permanecer allí.

—¿Qué esperas descubrir?

Lewer habló sin disimulos:

—Donnatti es amigo de Stoker. Quizá sea también uno de ellos.

—¿Eran ésas tus sospechas?

—Sí. Al principio, me parecía un absurdo, pero ahora cada vez estoy más convencido.

—¿Por qué no presentas un informe a la policía? Yo te apoyaré. Pero más que a mí, a ti te escucharán.

—No puedo. Mi padre no ha regresado, y sé que estuvo con Stoker. El no lo negó.

—Entonces...

—Son gente pacífica. Tengo pruebas de que, al menos una vez, han ayudado a alguien, pero por una razón que ignoro, temen ser descubiertos. Quiero mantenerme a la expectativa. Pero necesito tener alguna prueba más. Por eso es preciso que entre en la cámara de Donnatti.

—No sé.

—¿Cómo se cierra?

—Tiene una combinación electrónica, por medio de un mando a distancia, que sólo posee Donnatti.

—Debe haber alguna copia en la compañía.

—Es posible, pero ignoro dónde se halla.

—¿Dónde guarda Donnatti el control?

—Lo lleva siempre consigo.

—Escucha... Debe tomar algún refrigerio por la mañana.

—Una infusión. Se la sirve automáticamente.

—¿Tiene una máquina en su despacho?

—Sí.

—Bien. Habrá que mezclarle algo. Inofensivo, por supuesto, pero que le prive del sentido por algún tiempo, el suficiente para que yo pueda introducirme en su cámara. Lo arreglaré todo. ¿Estás dispuesta a ayudarme?

—Desde luego.

—Iré a casa a preparar lo necesario. Mañana pasaré a recogerte. ¿Suele ser puntual?

—¿Donnatti? Oh, sí. No falla nunca.

—No importa. Creo que sé cómo hacerlo.

Se despidieron.

CAPITULOXI

De la actividad de la policía para hallar el paradero de la desaparecida Juka, dio fe el inspector que aguardaba a Lewer.

—No tenemos ninguna pista, pero investigamos lo ocurrido, y hay algo que no está demasiado claro: el motivo de la enfermedad de esa muchacha. ¿Qué puededecirnos?

—Supongo que lo mismo que los demás.

—Pero usted es médico. ¿Qué enfermedad padecía esa mujer cuando usted la examinó?

—Un colapso. Era víctima de un *shock*.

—¿Producido por qué?

—No lo sé. ¿Ha hablado usted con el doctor Boskell?

—Hemos hablado con el doctor Boskell, desde luego, pero tampoco ha podido aclararnos mucho. El piensa en una enfermedad de tipo circulatorio, pero dice que carece de fundamentos para pronunciar un veredicto concreto. A nosotros nos interesa saber lo que «ocurrió antes». Se ha hablado de que la muchacha gritó, que parecía haber recibido una impresión tremenda, y queremos saber qué es lo que le produjo esa impresión.

—Temo que no podré ayudarle mucho —murmuró el joven Lewer.

—Escuche. Sabemos que usted es persona importante en el campo de la medicina espacial. Quizá este asunto no sea su fuerte. Pero usted estaba allí. ¿No es cierto?

—Mire, doctor... Se han dado otros casos. Juka no es la primera persona desaparecida. En un par de localidades de los contornos de Ciudad Satélite desaparecieron otras dos muchachas, en circunstancias parecidas. Primero habían enfermado de una forma poco clara. No se dio mucha importancia a ello. Los encargados de la seguridad investigaron solamente las desapariciones, pero no obtuvieron ningún resultado. Este nuevo caso, dado en la capital, ha sido relacionado con

los anteriores y se da la circunstancia que ya no parece casual que la desaparecida vio primero algo que la hizo gritar y desmayarse, y luego desapareció. Esto no es una simplecoincidencia.

Lewer guardó silencio. No quería decir lo que estaba pensando, pero ya no le cabía la menor duda de que «alguien» estaba tramando algo.

Tampoco quiso correr con la entera responsabilidad y decidió ir a ver a Boskell.

—Señor, si puedo darle alguna noticia al respecto le informaré de ello —dijo al agente de la seguridad nacional antes de despedirse.

Aquella misma noche acudió a entrevistarse con Boskell, que le recibió en su residencia particular al extremo oeste de la ciudad. Su casa tenía un cierto parecido a la de Donnatti. Todo era funcional en ella. Reinaba la limpieza y el orden, y parecía cuidada en extremo, como si sólo se limitaran a limpiarla, sin que nadie morara en la misma.

Boskell apareció muy cordial e invitó a Lewer a sentarse.

—¿Le apetece algún refrigerio? —invitó.

—No, estimado colega. Vengo a hablarle de algo muy importante. Es una sospecha cada vez más fehaciente. De ello sólo tiene noticia otra persona, a la que aprecio mucho. Y ahora lo sabrá usted. Necesito una opinión como la suya.

—¿Mía precisamente?

—Usted atendió a Juka en el club.

—¡Oh! Se refiere a ese asunto... Ya me han interrogado.

—Doctor. Esmás grave de lo que parece.

—Una desaparición que, sin duda alguna, explicará la muchachacua cuando aparezca otra vez.

—No es tan sencillo.

—Bien. Le escucho —murmuró Boskell, cruzando las piernas y mirando con insistencia a su joven visitante.

Lewer fue directamente al asunto, arrancando desde el momento

en que empezó el caso de la amiga de Jana. Lo ocurrido en aquella ocasión, los síntomas, la aparición del doctor Stoker y, por fin, sus sospechas.

Concluyó:

—Son seres de otros lugares, doctor Boskell. Tienen un poder desconocido para nosotros, pero limitado. Y temo que si las fuerzas de seguridad se enteran de esto, pueden desencadenar algo de imprevistas consecuencias.

—Y usted ha callado hasta ahora, por esa razón.

—Sí, doctor. Sé que es una responsabilidad, pero no estaba muy seguro.

—¿Y ahora lo está?

—Ellos ni niegan. El doctor Stoker jamás ha desmentido mis sospechas.

—Y según usted, ¿qué cree que ocurre? ¿Asustan a las muchachas para llevárselas?

—No lo sé. Pero tengo un plan y no sé lo que puede ocurrir. Quiero que usted lo sepa. Y si a mí me sucede algo, obre en consecuencia.

—¿Cuál es su plan?

—Quiero sumir a Donnatti en la inconsciencia. Luego utilizaré el V-7 con él.

—¿Piensa inyectarle?

—Sólo para saber la verdad. Sé que no está autorizado hacerlo, pero es para el beneficio común. Necesito saber qué pretenden esta gente.

—Si se trata de seres de otros lugares, perderá su tiempo. Usted ignora su poder, usted mismo lo ha confesado.

—Lo único que sé, doctor Boskell, es que es necesario conocer hasta dónde pueden llegar, y qué es lo que se proponen realmente. Si el motivo de su presencia en nuestro planeta es puramente pacífico, puede ser hasta cierto punto benefactor para nosotros. Stoker posee una instalación fantástica; ello prueba su inteligencia, pero me consta

que le falla algo. Sin embargo, están trabajando en la proyección de la materia.

—¿Cree que esas personas que desaparecen son empleadas para sus experimentos?

—No lo sé. No puedo creerlo, ¿sabe? Jana habla cada día con su amiga. Sabemos que vive. En cuanto a mi padre, temo que haya querido saber demasiado, y le hayan ocultado en algún lugar. Eso es... Quizá temen que pueda divulgar sus secretos, y que sepamos que«están aquí».

Trasunsilencio,Boskellcortó:

—¿Cuándo piensa llevar a cabo su tentativa cerca de Donnatti, Lewer?

—Mañana. Me introduciré en su despacho. El posee una cámara secreta. Necesito entrar allí.

—Está bien. Tendremos ocasión de hablar de ello.

—¿Puedo contar con su discreción?

—Por supuesto.

—Le daré noticias. Caso contrario... Bueno, diré a Jana que se comunique con usted.

Boskell acompañó a Lewer hasta la puerta.

El joven se sentía un poco mejor, y aquella noche dispuso de las drogas necesarias para su experimento. Lo tenía todo en su morada, por su cargo como titular en el departamento de medicina espacial. Ahora sólo podía desear que todo saliera de acuerdo con sus planes.

CAPITULOXII

A la hora previamente convenida con Jana, Lewer se hallaba en una de las salas de espera del edificio.

Jana había madrugado para llegar antes que Donnatti. Fue directamente a su despacho, y segura de estar completamente sola, abrió la tapadera del depósito del agua.

Miró hacia atrás cuando creyó percibir algún ruido. Para asegurarse, cerró la puerta por dentro y volvió junto al agua. Llevaba preparado un líquido que, al mezclarlo, produciría una reacción narcótica.

—«Es completamente insípido. Donnatti no notará nada» —le había dicho Lewer.

Realizada la operación, la muchacha volvió a dejar el depósito tal como estaba.

Se fijó en el agua, que no había perdido en absoluto su pureza.

Antes de salir, Jana se quedó junto a la puerta de la cámara acorazada, y con el pensamiento trató de atravesar aquella muralla infranqueable.

¿Qué había allí dentro?

¿Qué descubriría Lewer?

Volvió a la realidad para salir de nuevo, cuando el personal todavía no había llegado.

Escuchó unos pasos y sintió un escalofrío en toda su espalda.

Era Donnatti.

Su jefe la saludó como todos los días. Donnatti jamás experimentaba cambios de humor. Siempre era el mismo, cordial, atento, con voz clara y mirada profunda.

Se encerró en su despacho, y luego empezó a llegar la gente.

Todo sucedía como en una jornada cualquiera. Sólo Jana sabía que iba a «ocurrir algo».

Todavía era necesario esperar. Donnatti solía tomar una pastilla concentrada, que tenía que mezclar con agua. Eso ocurría normalmente a poco de llegar, siempre a la misma hora.

Jana estaba cronometrando el tiempo.

Lewer, por su parte, seguía en la sala de espera. Jana tendría que avisarle, y él se presentaría como alguien cualquiera que hubiese pedido una entrevista con Donnatti. Era normal, sólo que si todo salía bien, Donnatti ya estaría dormido por efecto de la droga, mezclada con el agua.

La impaciencia de Jana aumentaba con el transcurrir del tiempo.

Esperó que llegara el momento.

Era condición indispensable que nadie se diera cuenta de que Donnatti estuviese durmiendo porque de lo contrario se daría la alarma, se avisaría a un médico y Lewer no podría entrar.

El zumbido del timbre del despacho de Donnatti cortó los pensamientos de la joven.

¡La llamaba a ella!

Era justo la hora.

Jana entró, procurando que su voz no delatara su nerviosismo.

—Tráigame los informes 4 y 5 del dossier Z. Ya sabe —le ordenó.

Jana observó que su jefe tenía un vaso en la mano y, dentro de él, se hallaba la tableta. Luego se dirigió hacia el recipiente del agua.

Jana quedó inmóvil.

—¿Me ha oído? —sonrió Donnatti, aproximando la mano derecha al pulsador para dar salida al agua.

Ella dejó de mirar el vaso, y murmuró:

—¡Oh, sí! Desde luego.

Desapareció del despacho, mientras Donnatti dejaba caer el agua

en el vaso.

Lapastillasedisolviórápidamente.

Jana sentía temblores en el cuerpo, mientras tomaba el dossier que su jefe le había pedido.

Avanzó con él hacia el despacho. Mirando de soslayo a sus compañeros que, ajenos por completo a los problemas de la muchacha, seguían con su habitual trabajo.

Cuando Jana llegó junto a la puerta del despacho, aguardó unos momentos antes de empujar.

Lo hizo por fin lentamente.

Miró en derredor. No vio a Donnatti. No lo vio, al principio. Luego, sí.

¡Estaba en el suelo!

Cerró rápidamente la puerta y corrió hacia él. Vio el vaso casi vacío, con el color parduzco del escaso líquido que quedaba en él. Estaba sobre la mesa, pero Donnatti yacía en el suelo, inmóvil. Lo tocó levemente.

Observó que supulso funcionaba con debilidad.

¡Habíadado resultado!

Recordó las palabras de Lewer.

—«Una vez inconsciente, no hay peligro. El efecto, en toda su intensidad, dura bastante.

«Tengo que avisarle», pensó la muchacha, y se levantó rápidamente, dejando el dossier sobre la mesa.

Salió, y fue directamente a su mesa, como si nada hubiese ocurrido. Tocó un timbre. El correspondiente a la sala 2.

—Cuando veas encendérsela luz roja, es que ya puedes venir —le había dicho Jana a Lewer.

Y la muchacha pulsó justo en el momento en que alguien iba a entrar en el despacho.

Era uno de los delineantes jefes.

—¡No, Cropton! Donnatti espera una visita y dijo que no le molestaran —exclamó ella.

—¡Oh! Bueno... Avísame cuando esté libre. Quiero que vea una cosa.

—Desde luego, Cropton. Te avisaré.

—De todos modos, es importante. Dile que se trata

de la sección de los planos de la Galería de Desplazamientos. Seguro que me atiende en seguida.

—Bueno. Se lo diré.

Y Jana suspiró al ver que por el fondo llegaba ya Lewer.

Despidió con una sonrisa al llamado Cropton, que se cruzó con Lewer y le observó durante unos momentos.

—¿Ya? —inquirió Lewer, en voz baja, mientras el delineante se alejaba.

—Sí. Está en el suelo.

Jana le introdujo en el despacho, y se quedó a solas con él, mientras Lewer observaba la situación.

—Ahora puedes irte.

—¿No me necesitas? —preguntó ella.

—No. Lo único que deseo es que no me molesten.

Ella recordó, antes de salir:

—El control a distancia de la caja suele guardarlo en un bolsillo.

Lewer asintió y, con un ademán, instó a Jana que se fuera.

—Nadie te molestará —aseguró, y salió por fin, mientras Lewer se dirigía lentamente hacia el yacente Donnatti.

Sí. La primera parte parecía haber salido a pedir de boca.

CAPITULOXIII

Lewer había tendido a Donnatti en el diván. Había conseguido extraer de uno de sus bolsillos el control remoto, y con él en la mano, se aproximó a la puerta metálica de la cámara.

Accionó el mecanismo del control y escuchó un chasquido. ¡La puerta estaba abierta!

Sólo bastaba empujarla para penetrar en la misteriosa cámara secreta.

Lewer se acercó lentamente y comenzó a empujar.

La puerta se abrió lentamente hacia dentro, sin un solo gruñido.

Los ojos de Lewer comenzaron a tomar nota de lo que veían, a medida que el metal iba basculando hacia el lado derecho.

Por fin, la entrada quedó totalmente expedita.

Lewer traspuso el umbral. Observó el pupitre circular, que se hallaba en el centro de la sala. Vio también un par de mesas con algunos documentos. En una especie de vitrina existía un prototipo de bólide. Tenía una forma extraña, diferente a las usuales. Era alargada y llana por debajo, y completamente ovalada por la parte superior. Parecía de material translúcido.

Lewer se aproximó a la maqueta protegida tras el cristal. No había ninguna medida relativa al volumen del artefacto.

Las paredes de la cámara parecían metalizadas; sin embargo, a Lewer le llamó la atención una junta queparecía mal unida al resto de la lámina. Tanteó la pared. Daba la sensación de ser maciza.

Instintivamente, Lewer fue hacia el pupitre y vio dos únicas palancas, carentes de instrucciones. El ojo mágico oscilaba en el centro del tablero.

«Está conectado», pensó Lewer para sí, y comenzó a pulsar una de las palancas.

Escuchó un chasquido. En alguna parte se estaba produciendo un ruido.

Se volvió. ¡El panel desajustado de la pared se estaba moviendo!

Lewer tiró de la palanca hasta el final, y el panel terminó de descorrerse, mostrando una pantalla idéntica a la que había visto en casa del doctor Stoker.

Avanzo unos momentos, mientras su mente pensaba en la transformación de la materia.

De pronto, una luz inmensa le cegó. Lewer llevó sus manos, instintivamente, hacia los ojos, mientras un ruido característico fue aumentando en la pantalla.

Lentamente, apartó las manos y procuró habituarse a aquella extraordinaria claridad, tan intensa como la que había visto en casa de Stoker.

Algo se estaba produciendo allí. Millones de parásitos cubrían por completo la pantalla.

¿Qué iba a salir de allí?

Lewer estaba de espaldas a la cámara, obsesionado ante aquella extraña visión.

Los parásitos comenzaron a cambiar la intensidad de sus diversos colores.

La visión continuó por un tiempo indefinido. El sonido era siempre el mismo, como el que producirían un enjambre de insectos de años pretéritos.

Al fin surgieron unas formas indeterminadas, que igualmente fueron cambiando.

Las formas, después de pasar por diversos estados, terminaron por desaparecer. La luz de la pantalla perdió intensidad, y entonces surgió la imagen.

Tres imágenes, en realidad.

Tres muchachas, una de las cuales hubiera sido reconocida inmediatamente por Jana, porque se trataba de su amiga y ex compañera de trabajo y de morada.

Las tres formas femeninas aparecían como si se tratara de una imagen televisiva. Estaban de frente en un plano general de cuerpo entero, de pies a cabeza vestidas con normalidad, delante de un fondo totalmente blanco.

Lewer todavía no había comprendido el significado de aquella aparición, cuando escuchó un chasquido a su espalda.

Se volvió con un súbito presentimiento. Esperaba encontrar a alguien. Sin embargo, no había nadie.

Salió rápidamente para asegurarse de que Donnatti seguía inconsciente por efecto de la droga, y observó, con estupor, que no estaba en el diván. ¡Había desaparecido!.

Se volvió para encontrarse con el despacho completamente vacío.

Salió para llamar a Jana, que se apresuró en ir a su encuentro.

—¿Dónde está? —inquirió Lewer, en el umbral de la puerta.

—¿Dónde está quién? —preguntó ella, a su vez.

—Donnatti. Le dejé unos instantes solo para entrar en la cámara.

Algunos empleados estaban mirando, y Lewer hizo que Jana pasara al interior.

—¿No está? —preguntó ella, estupefacta.

—No. Debehaversalido.

—Te aseguro que no. No he quitado los ojos de esa puerta. No ha salido, Lewer. Estoy completamente segura. Donnattino hasalidoporesa puerta.

Lewer lanzó una exclamación inaudible.

¿Cómo era posible aquello?

¿O acaso podía ser?

CAPITULOXIV

En la pantalla, en el interior de la cámara, las tres muchachas seguían reflejadas. Cuando Jana reconoció a su amiga, lanzó una exclamación:

—¡Es Hella! ¿Qué significa esto?

Antes de que Lewer pudiera contestar, fue la propia voz de Hella la que se manifestó:

—Sí, Jana. Soy yo y quiero que sepas que me encuentro perfectamente bien. Estas compañeras mías, y otras, se hallan igual que yo, en período de recuperación. Esto es como una especie de sanatorio, pero con mayores medios que los que conocemos de ordinario.

—¡Hella! Pero ¿dónde estás, en realidad?

—Muy lejos y muy cerca. Pero estoy bien.

Lewer tomó la palabra:

—Te han ordenado hablar con nosotros, ¿verdad? Sufres coacción o amenaza.

—Nada de esto. Si hablo con vosotros es por mi propia voluntad. Me lo han pedido para que sepáis que estoy bien. Igual que esa amiga que sufrió un desmayo en el club. ¿Queréis verla? Ahora aparecerá.

Súbitamente, surgió la imagen de la muchacha del club. Fue una aparición repentina, que quedó situada junto a otra de las jóvenes.

—¡Hola!—saludó la recién llegada—. Me encuentro perfectamente. Vosotros también tenéis buen aspecto. —¿Podéis vernos? —preguntó Jana. —Perfectamente.

—¿De veras no sois prisioneras de nadie? —inquirió Lewer.

—En absoluto.

—¿Y mi padre? ¿Le conocéis? Es el profesor Lewer.

—No —contestó una de las chicas.

—No —repuso otra.

—Yo oí hablar de él. Creo que le había visto en las pantallas en alguna ocasión —murmuró la chica del club.

Hella puntualizó:

—No. No está con nosotras.

Se hizo un silencio. Lewer necesitaba saber más cosas:

—¿Sabéis exactamente con quiénes estáis? ¿Sabéis quiénes son las personas que se hallan a vuestro alrededor?

—Son todos muy atentos. Tenemos los mejores médicos, pero por favor, no hagáis comentarios. Ellos llevan a cabo una buena obra.

—¿De veras no están experimentando con vosotras? —intervino ahora Jana.

—¡Oh, no! —sonrió Hella—. Al contrario... Stoker es muy simpático y muy atento. Creo que..., bueno, él y yo...

Hella hablaba en tono emocionado, como si estuviese enamorada del doctor, y Jana lo comprendió así.

—¿Por qué no os dejan que os traten nuestros médicos? —preguntó Lewer.

Tras un silencio, fue la propia Hella quien respondió:

—Porque ahora no puede ser. Tienen que ser ellos. El tratamiento tiene que ser completo. ¿No lo entendéis?

—Pero, ¿por qué? ¿Cuál es vuestra enfermedad? —preguntó Lewer, una vez más.

—No es ninguna enfermedad concreta, ¿sabéis? Es que...

A Hella le costaba trabajo decirlo.

—Vamos, Hella. Dilo, ¿qué os ha pasado? ¿Todavía no recordáis el motivo de vuestro desmayo? A todas debió ocurrirnos lo mismo, ¿no es así?

Asintieron las cuatro muchachas. Luego, Hella añadió:

—No viviríamos si nos trataran con los medios usuales.

—¿Por qué? ¿Acaso tenéis algo contagioso? —insistió Lewer.

—No. No se trata de esto. Veréis, yo... y todas... estuvimos muertas.

El silencio ahora fue absoluto.

—No... No es posible —murmuró Lewer, y Jana recordó. Recordó cómo había encontrado a su amiga cuando entró en el despacho de Donnatti.

—Parecía muerta —musitó.

—Sí, Jana —respondió Hella—. Yo estaba realmente muerta. Stoker me devolvió la vida. ¿Comprendéis ahora?

* * *

No. Aquello no estaba nada claro, pero lo que sí recalcó Hella fue que dejaran de preocuparse. Luego, la pantalla oscureció y Lewer volvió al pupitre para correr nuevamente el panel de la pared.

—De lo que no hay duda es de que parecen hallarse perfectamente.

—Ninguna de ellas tiene familia —comentó, a su vez, Jana.

—Es extraño que no sepan nada de mi padre. Tendré que hablar con Stoker. Ahora tendrá que decirme la verdad.

Fue entonces cuando el miedo hizo lanzar un grito a Jana. Tras los dos, surgió la voz del médico:

—Creo que ya saben lo que deseaban.

—¡Stoker!—exclamó el joven.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó ella.

—Eso no importa ahora. Han visto que las muchachas se hallan perfectamente. Dejen de hacer preguntas y atosigarnos. ¡Lewer! Yo no puedo decirle dónde está su padre. No lo sé. Por favor, sigan siendo discretos. No hagan comentarios, no conseguirían nada... Y ahora, váyanse. Déjenme a mí aquí.

—No, Stoker. Tengo derecho a saber. Yo no les he denunciado y estoy convencido de que actúan con buen fin, pero... ¡conviven con nosotros! Son gente de otro planeta, e insisto en que tengo derecho a saber. De lo contrario...

—¿Quéharíausted?

—Dar cuenta a la autoridad por el bien común.

—No conseguiría absolutamente nada, Lewer. Se lo ruego, váyanse.

—No. Yo pretendía saber la verdad. Y la hubiera sabido.

—Suministrando una nueva droga a Donnatti.

—Ustedes lo sabían.

—Sí.

—Y aun sabiéndolo, Donnatti probó el agua.

—Sí.

—¿Por qué?

—Usted deseaba entrar aquí. Era necesario que lo hiciera. Ha podido ver a las muchachas. Ellas mismas les han dicho que se hallan perfectamente, y también les han contado por qué estaban allí. Nosotros hemos hecho más por ellas de lo que hubiesen podido hacer ustedes consusmétodos. ¿Noles basta esto?

—¿Le bastaría a usted, Stoker?

—Váyanse. No hagan más preguntas. Quizá dentro de algún tiempo..., no lo sé... Váyanse.

—¿Yusted? ¿Qué piensa hacer?

—No se preocupe.

Lewer se volvió hacia Jana y la tomó del brazo para acompañarla hacia la puerta, susurrándole algo al oído. Ella asintió.

Una vez fuera de la cámara, Lewer empujó la puerta y se encaró con Stoker.

—Ahora estamos usted y yo solos.

—¿Pretende emplear la violencia?

—Nunca he sido partidario de ella, pero estoy dispuesto a no dejarle marchar.

—¿Está seguro de poder conseguirlo? —preguntó Stoker, mientras una de sus manos avanzaba hacia determinada palanca del pupitre.

—¡Quieto!—exclamó Lewer, avanzando hacia él.

Stoker separó la mano rápidamente, y Lewer seguía avanzando hasta quedar a una escasa distancia.

—Me dirá usted lo que quiero saber, Stoker, y empezará por el principio. ¿De qué se asustan esas muchachas? ¿Por qué les falla el corazón?

—Por el miedo ante lo desconocido.

—Ustedes les causan miedo. ¿Por qué? ¿Acaso no son, en su aspecto, seres iguales a nosotros?

—Sí. Lo somos, o por decirlo en términos más exactos: Nos vemos todos iguales. Aunque, en realidad, usted no sabe cómo yo le veo, pero no creo que esto tenga mucha importancia.

—Pues ¿de qué se asustaron esas muchachas?

—Cometimos algunas imprudencias. Es nuestra inexperiencia. ¿Sabe? Pero nos perfeccionaremos. Creo que juntos podremos convivir, por lo menos hasta que consigamos nuestro objetivo. Y puedo asegurarle que nuestro fin no entraña ningún peligro para ustedes. Es todo lo que puedo decirle.

—No, Stoker. No quiero conformarme con sus buenas razones. ¡Esta vez, no!

Stoker hizo acción de avanzar su mano derecha hacia una de las palancas del pupitre.

—¡No! —gritó Lewer—. No sé qué se propone, pero no le dejaré que manipule esto.

Stoker retiró la mano, intentando forcejear con Lewer, pero éste nosoltó su presa.

—¡Déjeme! Yo tampoco quiero causarle ningún daño —espetó Stoker.

—Apártesedeaquí —gritóLewer.

La fuerza de Stoker pareció crecer por momentos. Lewer no se dejó vencer por ningún complejo de inferioridad, y aguantó el empuje de su antagonista.

Stoker consiguió apartarle bruscamente, pero Lewerreaccionó raudo y soltó su brazo con el puño cerrado, alcanzando el rostro del médico, que encajó el golpe, trastabillando ligeramente.

—¡No debió nacer esto! —rugió.

Quiso pasar al ataque, pero Lewer esquivó, consiguiendo propinarle un nuevo golpe, que alcanzó de lleno la mandíbula de su rival.

Extrañamente, Stoker cayó hacia atrás con los ojos en blanco.

Sin perder un momento, Lewer sacó de su bolsillo una jeringuilla, al tiempo que murmuraba:

—Lo siento, tengo que hacerlo. Tengo que saber lo que os proponéis.

Se inclinó hacia Stoker y buscó su brazo para inyectarle.

CAPITULO XV

Lewer iba a clavar la jeringuilla en el brazo de Stoker, pero la aguja jamás llegó a rozar ni siquiera la piel del inconsciente.

Lewer se volvió con el extraño presentimiento de que había alguien más en la estancia. Aun antes de escuchar la voz que sonó a su espalda:

—No, Lewer. Le matarías. Una reacción química en su cuerpo sería letal. Esa droga es venenosa para nuestro organismo.

Los ojos del joven médico se dilataron, al comprobar a quién pertenecía aquella voz.

—¡Doctor Boskell!

—Sí. Hubiera podido ocultar mi procedencia, pero ante todo tenía que salvar a mi compañero.

—¿Cuántos... cuántos son ustedes?

—Muy pocos, Lewer, muy pocos, y debemos ayudarnos. Ahora te ruego que salgas de aquí.

—No, Boskell. Llegaré hasta el final.

Y jugueteó con la jeringuilla, como amenazando con utilizarla.

—Está bien, Lewer. Tú lo has querido.

Boskell avanzó hacia el pupitre. Lewer le adivinó la intención y quiso impedirlo, pero el otro había llegado antes y tuvo tiempo de accionar la palanca. Se produjo la luz cegadora y los parásitos llenaron nuevamente la pantalla.

Lewer, igual que la vez anterior, tuvo que apartarla mirada. Cuando abrió de nuevo los ojos, observó que Stoker ya no estaba en el suelo.

¡Habíadesaparecido!

Rápidamente, la pantalla volvió a oscurecerse. Boskell seguía allí.

—¿Comprendes ahora?

—Ustedes pueden hacerlo. ¡Stoker me dijo que no! Ustedes se desmaterializan.

—Sí, Lewer, y Stoker no te mintió. Nosotros sí podemos. Nuestra materia es distinta. Podemos autoproyectarnos con los sistemas de vuestro planeta. Y estamos trabajando para conseguir que vosotros podáis hacerlo algún día.

Tras una pausa, añadió:

—Pero sé lo que estás pensando, y te equivocas. No utilizamos cobayas humanoides. Quiero decir que no ensayamos con seres vivos como vosotros. Empleamos animales, igual que en vuestros laboratorios. Hasta este momento no hemos conseguido adelantar demasiado.

—Boskell..., estoy dispuesto a creer en vuestra buena fe, pero hay tantas cosas... Mi padre, por ejemplo. Desde que fue a visitar a Stoker, no ha vuelto a aparecer.

—Sí, Lewer. Tienes razón, y voy a decirte la verdad. —Se volvió hacia la pantalla, como si contestara de forma categórica a una muda pregunta—. ¡Tengo que decírselo! Él sabrá comprender.

Lewer no preguntó en absoluto a quién se dirigía. Estaba convencido de que, desde cualquier parte, aquella conversación era seguida y escuchada.

—Diga, Boskell —pidió Lewer.

—Tu padre quiso experimentar por sí mismo. Stoker se negó. Sabía lo que iba a ocurrir, pero tu padre estaba obsesionado, y sin que Stoker pudiera evitarlo, accionó los mandos del pupitre y se colocó junto a la pantalla, de frente a la confluencia del rayo.

Lewer comprendió lo ocurrido, y tras un silencio, escuchó de nuevo la voz de Boskell:

—Stoker hizo lo imposible para reconstruir aquella materia. Todo resultó en vano. No somos tan inteligentes como aquí podríais pensar.

—Mi padre... ¡Oh, no! ¿Por qué no pedís ayuda? Tal vez no sea demasiado tarde. He estudiado casos hipotéticos que...

—No, Lewer. Lo que tú has podido estudiar al respecto no tiene nada que ver con la proyección de un hombre en cualquier lugar del espacio.

—Pero la materia no muere.

—Cierto, millones de moléculas laten en alguna parte. Y no podemos pedir ayuda.

—¿Por qué? En vuestro habitáculo debéis tener medios.

—Te asombrarías si supieras la verdad de nosotros. —Es lo que quiero saber.

—No tenemos habitáculo, Lewer; por eso estamos aquí.

—Stoker habló de una misión, de un fin, de conseguir algo.

—No lo comprenderías.

—Estoy dispuesto a comprenderlo todo.

—Está bien, si de veras quieres saber nuestra verdad..., ven esta noche. Ya sabes dónde vivo.

—¿Esta noche?

—Tiene que ser por la noche. Durante el día es demasiado peligroso. Tenemos que ir con mucho cuidado. Ya lo sabrás.

Stoker se colocó delante de la pantalla y añadió:

—Cuando salgas, cierra la cámara. No te preocupes por nada; Donnatti regresará en seguida. La fórmula del agua no es nociva para nosotros. La otra, sí. Ahora ya conoces uno de nuestros puntos débiles, pero sé que no lo usarás contra nosotros.

Pulsó la palanca, y tras el rayo de luz, su cuerpo desapareció. Luego volvió todo a la normalidad.

CAPITULOXVI

Era un prototipo a escala natural, capaz para transportar hasta cuatro personas.

La forma era idéntica a la que Lewer había visto en la vitrina de la cámara secreta de Donnatti.

Y ahora, Lewer viajaba en su interior, muy simple, cuatro asientos alrededor de una columna, con un solo mando, que Boskell había accionado.

En la oscuridad de la, noche, el artefacto se elevó de los sótanos de la villa del doctor y ascendió rápidamente.

—Yo no tendría necesidad de utilizar esto —dijo Boskell—, pero es necesario para transportar a otras gentes.

—¿A qué velocidad vamos?

—A menos de la que deseábamos, pero por supuesto mucho mayor que la que desarrollan vuestras naves.

—¿Y cómo pudisteis construir esto?

—Donnatti es el ingeniero.

—¿Utiliza el gabinete para trabajar para vosotros?

—No. No pienses mal. El desea perfeccionar vuestros medios de comunicación. Este prototipo es sólo experimental. Por eso es mejor que la gente no lo descubra. Ciertamente que algunos lo han visto y hablan con las autoridades, pero a la larga acaban tomándolos por visionarios.

—Sí. Hay gente que dice haber visto artefactos extraños. Pero nunca han sido detectados.

—No. No hay forma de detectarnos con los medios que tenéis, pero perfeccionando el sistema serían tan detectables como los vuestros.

—¿Y cómo se orientan? Desde aquí, no se ve nada.

—Es automático. Basta colocar la palanca en el punto elegido. Todo lo demás funciona automáticamente.

—¿Y el combustible?

—Debemos servirnos de los medios de que disponemos.

—Pero... ¿es de nuestro planeta?

—¡Claro! Tenemos que sacar las cosas de aquí. No podemos hacer más.

—¡Pero esto es fantástico! El metal...

—Una aleación. No se puede hacer en gran escala.

—¿Y todo eso pensáis ponerlo en conocimiento de nuestro planeta?

—Cuando esté perfeccionado. Donnatti trabaja denodadamente en ello, del mismo modo que Stoker es el encargado de conseguir la proyección de los seres de vuestro sistema, e igual que nuestros científicos investigan lo de los combustibles y aleaciones... y otros se encargan del aprovechamiento íntegro del calor de vuestro Sol, y de los rayos lejanos procedentes del Cosmos.

—Entonces, ¿estáis distribuidos en todas partes? —Los pocos que somos, hemos tenido que hacerlo así.

—¿Cuántos?

—En este planeta sólo somos trece; quizá algún día agrupemos a nuestros hermanos diseminados por otros habitáculos, pero esto es difícil de saber. Primero, es necesario estudiarlo a fondo todo. Llevamos poco tiempo y necesitamos cambiar muchas cosas. Por ejemplo, nuestro sistema de reproducción. Sólo como sombras. ¿Comprendes? Y tenemos una vida limitada. Más larga que la vuestra, pero limitada, y desearíamos perpetuar nuestra raza.

—¡Comprendo!

—Otravezpiensasmal.No.Nosecuestramos avuestras muchachas; si están donde vamos ahora, es para curarlas.

—Sí. Este es otro tema.

—En seguida comprenderás por qué se asustan de nosotros.

Stoker te habló de ciertas imprudencias, y es cierto. Bien. Hemos llegado.

Sin la menor vibración, igual que cuando se hallaba en pleno funcionamiento, el artefacto se posó sobre el suelo.

Lewer prácticamente no había advertido la diferenciada entre volar o quedar detenido.

Luego, para salir, se descorrió un panel del suelo y apareció la escalerilla.

El artefacto volante, sin patas de ninguna clase, se mantenía a un metro de distancia del suelo, flotando en el aire, sin ninguna sujeción.

—¡Es increíble!—murmuró.

Advirtió, entonces, que se hallaba en un subterráneo. Sobre su cabeza, un techo móvil cubrió por completo la parte superior de la estancia.

—¡Por aquí! —invitó Boskell.

Era un largo corredor húmedo, practicado en el subsuelo. La pared era arcillosa y, de algunas partes del techo, se escapaban gotas de agua.

Había luces distribuidas a lo largo del corredor.

—¿Dónde estamos? —inquirió Lewer.

—Es la parte opuesta del planeta. Vosotros lo llamáis las montañas vírgenes.

—Pero esto está...

—Sí. Muy lejano.

—Sólo hemos invertido unos minutos. —Y Lewer pensó que el viaje había durado el tiempo de mantener una conversación que se había quedado a medias.

—Demasiado lento —opinó Boskell, y no bromeaba en absoluto. Luego, señalando la tierra del subsuelo y el techo entibado en algunas partes, añadió—: Igual que esto. Está hecho muy de prisa. Hay que acondicionarlo todo, pero no tenemos tiempo. Hay cosas más importantes.

El largo corredor tocó a su fin para llegar a una galería de dimensiones superiores, pero igualmente desprovista de paredes. Todo era tierra y roca virgen.

Tras una puerta practicada en el mismo subterráneo, la cosa ya cambiaba por completo. Con paredes metálicas absolutamente blancas y un techo del mismo color, se veía una sala inmensa, con divanes y mesas, y una estantería con libros. De allí arrancaba otro corredor, con diversos departamentos, cada uno de ellos con su correspondiente puerta.

Todo poseía aquella blancura inmaculada, y además, con una iluminación perfecta.

Sonaron unos zumbidos, y en seguida se oyó un rumor de voces.

Eran las muchachas. Había un total de siete. Entre ellas, se encontraba Tella y también Juka.

—Hola, Lewer —murmuró la primera—. Nos dijeron que vendríais.

—Hola —saludó Juka a su vez.

—Bueno. Ya veo que estáis muy bien.

—Ahora, sí —adujo Boskell—, pero todavía es temprano para darles de alta, como decís vosotros, y ellas están bien aquí.

Stoker apareció por el fondo; iba con Donnatti, y fue el primero en decir:

—Bueno, creo que es hora de que os vayáis a descansar —la advertencia iba dirigida a las chicas, que se despidieron y volvieron al corredor para perderse tras alguna de aquellas puertas.

En el centro de la sala quedaron los cuatro hombres.

Lewer aspiró profundamente. Desde que había entrado en aquella sala, notó algo raro en el oxígeno. Desde luego, podía respirar perfectamente, pero tenía la sensación de que allí reinaba otra clase de aire. El medio ambiente era ciertamente distinto.

—Tenemos nuestra propia fórmula para mejorar el oxígeno —murmuró Boskell, como si adivinara los pensamientos de Lewer—. Por eso las muchachas se recuperan más pronto y, al mismo tiempo, las

mentalizamos... Seguro que ya no volverán a asustarse.

—Bien... Supongo que ahora sabré el motivo de todo.

Los tres compañeros de raza cambiaron miradas entre sí. Stoker rompió el silencio:

—Va a recibir usted la misma impresión que recibieron las muchachas, Lewer, con la diferencia de que usted ya está advertido, y conoce una parte de nuestros métodos. Vamos.

Tomando la delantera Donnatti, le siguió Boskell, luego el propio Lewer, cerrando Stoker la marcha.

CAPITULOXVII

Habían traspasado el umbral de la puerta que comunicaba con una sala cuadrada, con un pupitre y varias butacas. Estaban únicamente los cuatro hombres.

—Ahora conocerá usted al resto —dijo Boskell a Lewer.

Ni Donnatti ni Stoker se pronunciaron.

Boskell avanzó hacia el pupitre, accionó un mando y murmuró:

—Profesor Drenni, de la Universidad Central.

Tras unos momentos de espera, Lewer fue testigo de algo que ya había empezado a imaginar.

Primero fue como una silueta vacía, algo parecido al contorno de un ser humano, sin carne y sin sangre; luego, se materializó rápidamente, pasando por diferentes estados. Todo fue muy rápido, excepto en el penúltimo estadio de su materialización, durante el cual rostro y cuerpo del «recién llegado» permanecieron de una blancurapurpúrea, fantasmal.

Allí estaba el terror. En la aparición en sí, en la materialización y en el penúltimo momento.

Era lógico imaginar el espanto de las muchachas, extensible también a los hombres.

Tras el profesor Drenni, Boskell anunció al profesor Borlock, especialista en estudios del medio ambiente.

Luego llegó, por el mismo procedimiento, el especialista en electrónica y rayos cósmicos; así, hasta un total de diez humanoides.

—A nosotros ya nos conoce. Stoker, profesor especialista en enfermedades de este planeta, y Donnatti, ingeniero. Todos ocupan un lugar en esta sociedad, y todos trabajan para el bien de la misma, pero necesitamos guardar el secreto. A veces, no ha sido posible; hemos sido visto en nuestras apariciones, y ello ha provocado, muy en contra nuestra, esos súbitos estados de pánico, que han paralizado juveniles

corazones; pero inmediatamente hemos aplicado nuestra terapia para prolongar unas vidas que se hubiesen extinguido.

—Boskell, ¿y usted? ¿Es quien les dirige? —preguntó Lewer, tras un breve silencio.

—Yo estudio las reacciones de sus congéneres, Lewer; por eso sé que es preciso guardar discreción. Su gente es impaciente, mal pensada. Su Gobierno no entendería nuestro proceder, pensaría que somos sus enemigos cuando, en realidad, tenemos que luchar para nuestra supervivencia y nuestra continuidad.

—Yo creo que está equivocado, Boskell; podríamos seleccionar a un número de personas sensatas, pues las hay, como el doctor Asterbo. Él fue quien primero pensó en la llegada de seres distintos. Conoció a Iklao.

Las palabras de Lewer produjeron un gran silencio.

—¿Qué ocurre? ¿Es que acaso he dicho algo malo? Les he hablado de Iklao. Era uno de los suyos, ¿verdad?

—Sí, Lewer. Usted lo ha dicho. Era uno de los nuestros... Ya no está entre nosotros. Desapareció.

—¿Quiere decir que... murió?

—Si es como ustedes lo llaman, así es. Murió.

—Pero Iklao era joven. Su aspecto...

Boskell cortó:

—Nosotros no envejecemos, Lewer. Nuestro aspecto es siempre el mismo; nuestras facciones, a ustedes, pueden parecerles más o menos de una edad determinada, pero en nuestro lugar de procedencia, no existe el paso del tiempo. No se mide.

—Me gustaría conocer ese sitio. ¿Por qué les mandaron aquí?

Tras un silencio, que nadie parecía atreverse a romper, fue Stoker, esta vez, quien intervino:

—A todos nos avergüenza un poco confesar la verdad.

—¿Acaso su habitáculo ya no existe?

—Sí existe, Lewer, sí existe, pero nosotros... —Stoker guardó silencio, y fue Donnatti quien, avanzando un paso, concluyó la frase:

—Fuimos expulsados.

—¿Por qué? —se interesó Lewer.

—Lo que ustedes llaman civilización, para nosotros es un modo de existencia; tenemos otros nombres, pero para su mejor comprensión, lo llamaremos igual que aquí: Civilización.

Tras una pausa, prosiguió:

—Pues bien, en nuestra civilización, aunque la perfección total no existe, hay un desarrollo muy superior que en otros habitáculos. La gente no utiliza palabras, se comunica a través de los sentidos. Todos saben lo que tienen que hacer. No existe la maldad, pero a veces como a ustedes les ocurre con sus productos, salen algunos defectuosos, piezas que no sirven para un engranaje, o tal vez criaturas deficientes. ¿Va comprendiendo?

—No, exactamente.

—Es muy sencillo, Lewer —concluyó Boskell—. Nosotros formamos parte de esas criaturas defectuosas.

—¿Cómo? —Lewer creía haber perdido ya la facultad de asombrarse por nada—. No es posible.

—Sí, Lewer. Lo es. Nuestra inteligencia está subdesarrollada, no encajamos en el habitáculo; somos piezas defectuosas, y no podemos convivir con los demás.

—No. No es posible... Ustedes tienen unos poderes muy superiores a los nuestros.

—Somos el desecho de nuestra raza, Lewer.

—Es... realmente incomprensible.

—Para usted, tal vez...

—Escuchen... Ellos, sus hermanos de raza, si de verdad son más perfectos que ustedes, tienen sus defectos; uno, por lo menos.

—No. Ellos no tienen defectos —rebatíó Boskell.

—Sí. Ustedes mismos pueden comprenderlo. Les han expulsado. Una sociedad perfecta no haría esto. Tendría piedad con los débiles, suponiendo que ustedes lo fueran.

—Tampoco eso lo ha comprendido muy bien, Lewer —intervino Donnatti para que Stoker aclarara:

—No nos ha expulsado nadie en concreto. Nosotros mismos. «Sabíamos» que teníamos que irnos de allí porque no teníamos sitio... Es la autoconcienciación. Otros como nosotros se proyectaron hacia otros habitáculos, y surgirán nuevas criaturas que se autoexpulsarán; pero tenemos nuestras debilidades, y no deseamos perecer, debemos redimir nuestras imperfecciones, demostrando que podemos ser útiles a la raza que hemos elegido para convivir con ella. Nuestro problema es la continuidad. Biológicamente, somos distintos, pero nuestra materia puede ser modificada. ¡Tenemos tanto que hacer!

—¡Jamás hubiese supuesto nada semejante! Una raza... que no piensa en el mal, que se llama a sí misma subdesarrollada, y que, sin embargo, construye prototipos que viajan a velocidades increíbles, utilizando aleaciones de nuestros propios materiales. Tiene métodos propios de salvar vidas humanas, y pueden guiar las manos de un cirujano para intervenir quirúrgicamente a los desahuciados. ¡Y salvarles!

—Sin embargo, no pudimos evitar la desaparición de su padre —confesó Boskell.

—Siento profundamente lo ocurrido. Mi padre fue siempre un buen hombre, que sólo vivió para la ciencia; pero estoy seguro de que hubiese dado con gusto su vida para poder serles útil, y aprender, y ayudar a nuestra débil humanidad, que tan superior se cree en muchos aspectos...

Sí. Ahora Lewer comprendía perfectamente por qué aquellos seres preferían trabajar en silencio, permanecer en el anonimato. La gente, los gobernantes, se resisten a pensar en la existencia de razas superiores. Algunos creerían ver un peligro, una sed de dominio; era posible que les sometieran...

—Pero ustedes tienen poder. Podrían usarlo.

—No, Lewer. Nuestraraza no puede usar sus condiciones físicas para inducir a otras razas a su auto-destrucción. Podemos ayudar, pero jamás ir contra la forma de pensar de los demás.

—Iklaio ayudó al doctor Asterbo.

—Porque Asterbo deseaba salvar una vida. Iklaio le ayudó. Tenía que hacerlo. Cualquiera de nosotros ayuda, cuando sabe de un caso concreto de alguien que desea hacer una cosa, y se cree incapaz de realizarla; generalmente, son cosas sencillas, unos planos para una sección del fuselaje de una nave, una operación simple, unos estudios que al alumno le parecen difíciles, una reparación mecánica...

Pero Lewer sabía que nada de aquello era sencillo, que una operación a corazón abierto era asunto grave, que existían planos de difícil confección, que en la Universidad se cursaban asignaturas que a muchos les eran difíciles de seguir...

Lewer fue recordando casos aislados y en todos vio la mano de aquellos seres, llegados del más allá, cuya única ambición era ayudar.

Habían resucitado a unas muchachas que ellos mismos asustaron, sin proponérselo. Sin embargo, «ellos» se limitaban a decir que les habían «prolongado» la existencia. No se vanagloriaban de su sapiencia y, sin embargo, se titulaban a sí mismos subdesarrollados.

—Sé que no puedo ayudarles en nada, pero cuenten conmigo, con mi apoyo. Necesitamos a gente como ustedes porque pueden enseñar mucho, y legarnos una magnífica herencia.

—Llevamos años trabajando en silencio; una indiscreción podría acabar con todo, Lewer —comentó Boskell.

—Encontraré gente discreta, señores. No dirán nada, y aprenderán...

—Si cree que puede servir de algo...

—Lo creo.

—Está bien. Nosotros también creemos en su buena voluntad, Lewer... Y ahora, si quiere irse, le acompañaré. Todos los demás volverán a sus hogares, después de la reunión.

Los restantes doce hombres tomaron asiento en torno al pupitre central. Según Boskell, era el trabajo de todas las noches, después de las jornadas de convivencia con los demás.

Más tarde, cuando Lewer subió de nuevo al prototipo, y éste se elevó para el viaje de regreso, Boskell continuó hablando:

—Tuvimos que estudiar algunas cosas para amoldarnos a la vida de este habitáculo.

—Debieron encontrarlo todo muy fácil.

—Relativamente, pero todo requiere su comprensión.

Lewer seguía asombrado. Ahora estaba convencido de que ya no le quedaba nada por saber, en cuanto al grupo que operaba en el planeta. Tenía la convicción de que habían sido sinceros, y les admiraba.

Mentalmente, pensó en la lista de personas en las que podía confiar, y mientras, la nave evolucionaba por el firmamento, a una velocidad incalculable con los métodos normales.

Para aquella distancia, un artefacto normal hubiese necesitado dos horas en las antiguas mediciones para recorrerla, utilizando los bólidos más rápidos; sin embargo, el prototipo precisaba de minutos. ¡Y ellos no lo necesitaban!

No. A ellos les bastaba proyectarse; tenían el asombroso secreto de la desmaterialización...

Pero eran vulnerables, y lo sabían, y comprendían también que, si su secreto llegaba hasta determinados estamentos, procurarían aniquilarles. Y estaba en lo cierto.

El vehículo redujo su marcha, al aproximarse al subterráneo secreto de la vida de Boskell.

Era todavía temprano para una pareja que regresaba a su hogar. Un hombre y una mujer, dentro de un vehículo corriente, observaron, entre asombrados y temerosos, la aparición del bolido.

—Dime que no es una visión —comentó ella.

—¡Cierto! Yo también veo lo mismo...

De pronto, el bolido desapareció, y a la pareja le costó trabajo recuperar el habla.

CAPITULOXVIII

El hombre y la mujer se hallaban frente al comisario de guardia de la Seguridad Pública. Ambos relataron la visión.

—¿Y dónde dicen que desapareció este artefacto volador? —preguntó el comisario.

El hombre marcó en un gráfico de la zona el lugar donde se hallaba y aseguró:

—No fue una visión. Era un objeto opaco, alargado; carecía de cristales o visores, y no tenía pata alguna...

—Desapareció, desapareció entre las villas que existen en la zona. Desapareció como si la tierra se lo hubiese tragado —insistió la muchacha.

El comisario ordenó una batida. Lewer salía de la villa cuando vio el despliegue de fuerzas.

—¡Eh! ¿Usted vio algo? —le preguntaron.

—¿A qué se refieren?

—Se ha visto un objeto volante por esta zona. Lo estamos buscando. ¿Vio usted algo? —insistió el policía.

—No sé a qué se refieren. Yo salgo de visitar a un amigo. —Y se alejó. Pensó que les sería muy difícil encontrar el vehículo espacial. Estaba bien guardado y, por ello, no pensó que pudiera ser descubierto.

No. Lewer no pensaba en las consecuencias, pero los agentes eran tenaces y el comisario tenía una especial fobia a los objetos extraños, ajenos al planeta y él —el comisario— estaba seguro de que existían. En más de una ocasión había repetido:

—Quisiera que cayera uno en mis manos; si son invasores les aseguro que no les quedarían ganas de volver por aquí.

Luego, durante los días siguientes, el comisario siguió ordenando

sucesivas pesquisas por aquellos alrededores.

Los medios de información se hicieron eco. Mientras, Lewer ya había informado a Jana de la verdad, y se había puesto en contacto con hombres de ciencia, amigos de su padre u otros, más jóvenes e igualmente discretos y deseosos de colaborar, y sobre todo, aprender de quienes más podían enseñarles.

Lewer les reunió en su hogar.

—Me he puesto en contacto con ellos; el doctor Boskell cuidará de trasladarles a su cuartel general. Allí recibirán instrucciones del modo de colaborar.

Eran diez hombres los reunidos y una sola mujer, amante de la ciencia. Con ellos se hallaba Jana, que también deseaba visitar el cuartel general.

—¿Cuándo podemos ir?

—Boskell les trasladará esta noche. Hay que actuar con discreción. Aquella zona está muy batida últimamente.

—Parecemos delincuentes —murmuró uno de los amigos de Lewer.

—Sí, pero no hay otro sistema de hacerlo. Pero un día, que espero sea próximo, nuestro planeta recibirá los beneficios de la investigación conjunta, y todo el mundo podrá conocer la existencia de esos seres.

Lewer fue llamado aquel mismo día para una misión espacial. Informó a Jana:

—Parece que se ha declarado una enfermedad en el satélite Jenó. No saben de qué se trata. Volveré tan pronto como sea posible. No hay por qué variar los planes.

Lewer emprendió el vuelo en unos de los bólidos usuales y se le antojó ridículo y anticuado, comparado con lo que podrían ser las naves del futuro.

Aquella noche sus amigos se dirigieron a la residencia del doctor Boskell.

No ocurrió nada anormal y todos fueron recibidos por Boskell, quien anunció:

—Señores. Si están decididos, les llevaré en tres etapas.

Entretanto, Lewer había llegado ya al satélite Jenó; una estación espacial, ocupada por técnicos y algún que otro investigador; no faltaban tampoco algunos potentados, que habían elegido el lugar para pasar unas jornadas de descanso.

Lewer examinó al primero de los enfermos.

—¿Síntomas? —inquirió.

—Mareos —informó la enfermera—. Y según el doctor Belius, hay síntomas de descompresión.

—¿Y dónde está el doctor Belius?

—Es el otro paciente, doctor Lewer —informó la enfermera.

Lewer conectó los aparatos autoexploradores al cuerpo del primer paciente y tomó las notas pertinentes.

Tras un largo examen pasó a la cámara contigua.

Belius era ya un veterano de la medicina y se encontraba en aquellos momentos en un estado de completo agotamiento.

—Temo que esta vez nuestra ciencia no podrá hacer nada.

—¿Cómo se siente, Belius? —preguntó Lewer.

—Mal. Sé que estoseacaba.

—No sea pesimista. He visto casos peores.

—No me dé ánimos. Debí haber pedido el relevo hace tiempo, pero me consta que escasea el personal.

Lewer examinaba las oscilaciones del vector portátil.

—¿No se ha dado cuenta todavía del alcance de mi dolencia? —preguntó el veterano galeno.

—Su tensión ha sufrido. Eso sí está claro.

—¡Oh, Lewer! Son los rayos que se filtran, que son nocivos. Es un virus imposible de combatir; produce la descomposición y mata las células... Esa estación fue un error. No disponemos de salvaguarda

alguna. Nadie quiso darse cuenta.

, Lewer guardó silencio. Comprendió que el médico tenía razón en lo de la gravedad de su dolencia y recordaba que, en ocasiones anteriores, se había hablado ya de la escasa protección del satélite.

Belius siguió:

—Es la influencia de ese asteroide llamado Pecci.

—Sí, efectivamente, los rayos peccianos son nocivos; pero nunca habían llegado a ese extremo... No voy a engañarle, Belius, es grave.

—¡Qué va a decirme a mí, Lewer! Lo único que pido es el traslado. Tengo familia y quiero verla antes de morir.

Aun a pesar suyo, Lewer comprendió que nada podía hacer y ordenó preparar una nave de emergencia con capacidad para dos camillas.

—Llevaré a los enfermos.

Mientras aguardaba, Lewer deambuló por el satélite y fue informado de la inminente llegada de una nave, que había salido, tiempo atrás, para explorar.

—Esta noche tendremos fiesta —murmuró uno de los encargados de Circulación Espacial—. Lástima que todo no puedan ser alegrías...

Un altavoz anunció la inminente llegada de la nave.

—¡Llegan antes de lo previsto!

Todo el personal del satélite se agrupó en la sala de llegadas. Surgió gente de todas partes, mientras unos camilleros trasladaban a los dos enfermos, ya incurables.

Fue entonces cuando se precipitaron los acontecimientos, que posteriormente, iban a tener honda trascendencia.

La nave que conducía a los exploradores había sufrido alguna avería, y el comandante piloto lanzó una llamada de emergencia:

—Me es imposible controlar los movimientos. Despejen la pista, y preparen los botiquines de urgencia; puede haber heridos.

Sonaron las sirenas de la alarma preventiva.

A través de los grandes visores podía verse entre el azul oscuro del firmamento el punto luminoso que se acercaba vertiginosamente.

—Preparado todo, doctor. Puede salir por la puerta

tres —indicaron a Lewer, que estaba pendiente de la otra nave.

Debería desviarse hacia el planeta. Es demasiado arriesgado tomar contacto con el satélite.

La sirena seguía sonando, y la nave avanzaba por momentos.

La voz del jefe de circulación, procuraba dar instrucciones:

—Corte todos los mandos, deje flotar la nave; trataré de conducirla desde el control.

—Es imposible, hemos cogido demasiada velocidad; intentaré soltar los cohetes del freno de emergencia. Es todo lo que puedo hacer, pues ya no me queda tiempo.

El avance vertiginoso de la nave hacía presagiar la tragedia.

Los cohetes funcionaron, pero la velocidad no pudo ser reducida. El piloto lanzó una segunda tanda de cohetes cuando ya el bólido se hallaba prácticamente a punto de tomar contacto.

La marcha pareció aminorar ligeramente, pero no se evitó el choque.

Fue un impacto tremendo, y las emergencias entraron rápidamente en funciones.

El balance del accidente fue de tres muertos y doce heridos. Gracias a los trajes de seguridad, todavía quedaban doce hombres con vida; pero todos estaban gravemente heridos.

Lewer se ocupó de examinarlos, de primera intención.

—Hay que trasladarles inmediatamente, preparen otra nave y pasen información. Yo iré directamente al Centro Hospitalario para prestar ayuda, si me necesitan.

Seguidamente, Lewer salió con su bólido, llevando con él a los dos desahuciados.

Pero entretanto, en el planeta, cuando Boskell se disponía a

realizar el tercer vuelo para trasladar a los tres últimos amigos de Lewer, fue descubierto.

Uno de los guardas, señaló el artefacto:

—Ahí va. ¡Avisa al comisario!

El comisario comprobó que el artefacto no quedaba registrado y pidió una nave para seguirle.

—Intentaré hacerle comprender que se detenga.

Boskell, desde el interior del bólido, advirtió que había sido descubierto, pero tranquilizó a los ocupantes:

—Nuestra ventaja es que no podrán seguirnos.

Pero el comisario ya había pasado órdenes a los centros de emergencia, donde poseían nidos de proyectiles y cápsulas teledirigidas. Estas últimas armas consistían en una combinación química, corrosiva, utilizable contra las naves por su poder destructor. Los materiales conocidos se reblandecían con el impacto de las cápsulas, que rápidamente corroían el blanco.

Tal como Boskell había predicho, el comisario no pudo seguir el ritmo veloz del artefacto, y por ello, ordenó:

—Disparen cohetes de advertencia. Oblíguenle a detenerse.

Los cohetes fueron disparados, pero Boskell consiguió llegar e informó a sus compañeros.

En el *cuartel* general, nadie de los recién llegados pensaba en peligros; para ellos, todo lo que había en aquel lugar era como un juguete de los más preciados. Todos querían saber, todos deseaban preguntar.

Y mientras, en el Centro Hospitalario, se hacían los preparativos para recibir a los exploradores heridos.

Lewer, después de dejar acomodados a los dos pacientes que había ido a visitar, aguardó la llegada de los demás.

Con las primeras luces del nuevo día, llegó el bólido y, poco después, el director del hospital emitía su veredicto:

—Operar. Operar de inmediato. Va a resultar una tarea muy

difícil, pero intentaremos salvarles. La mayoría están destrozados por dentro.

La desolación de los familiares era total. Todos aguardaban el milagro que los limitados conocimientos de la ciencia no podían resolver.

Lewer pensó en los «seres proyectados...».

Sí. Ellos podrían significar una gran ayuda...

Pero...

CAPITULOXIX

—Aquí comisario Tarsit, localizada zona sospechosa. Preciso refuerzos.

Sí. El pertinaz comisario había dado con el cuartel general de los hombres proyectados; ignoraba aún lo que se escondía en el subsuelo, pero los refuerzos pedidos, acudían a la mayor velocidad y, desde los nidos de armas, se graduaban los ángulos de tiro para enfocarlos a la zona de coordenadas que acababa de facilitarles Tarsit.

Lewer se había puesto en contacto con Boskell.

—Doce hombres están graves en el hospital central. Sus posibilidades son muy escasas. Por favor, Boskell, ayuden a los médicos. Para ustedes, no será difícil, y salvarán doce vidas.

Entretanto, el comisario examinaba el suelo del lugar. Todo parecía natural, excepto algunas excavaciones, imposibles en un lugar virgen.

Su detector de bolsillo quizá no le hubiese permitido descubrir a los hombres proyectados, pero, en cambio, sí podía detectar la presencia de otros seres, y así ocurrió. Los científicos, amigos de Lewer, que seguían allí, fueron anotados en el oscilógrafo. ¡El comisario supo, entonces, que en el subsuelo se escondía alguien!

Los refuerzos pedidos habían hecho acto de presencia.

—Hay que abrir un agujero. Pediré a las bases de tiro que abran fuego.

Poco después, una andanada de cápsulas corrosivascomenzaba a perforar aquella tierra, bajo la cual se escondía un mundo desconocido.

Lewer recibió un mensaje insólito. Sin más medio de comunicación que su propio cerebro, sintió cómo una voz le informaba:

—Están atacando nuestro cuartel general. Es el comisario Tarsit.

Lewer tenía que impedir a toda costa que Tarsit continuase su labor.

Y sólo tenía un medio para impedirlo. Pedir ayuda a los nombres proyectados, y formuló un deseo:

—Sé que podéis comprenderme en la distancia. Os pido ayuda.

Estaba en uno de los gabinetes del hospital y repitió su deseo, hablando en voz alta cuando, de pronto, observó que no se hallaba solo. Tras él, apareció Boskell.

—Nosotros podemos sobrevivir, Lewer, pero destruirán nuestro laboratorio central. La labor de muchos años. Y están tus compañeros. En la nave sólo quedan cuatro. Su rapidez impediría que fuera alcanzada por las cápsulas corrosivas, pero están los demás; tendrían que dar demasiadas explicaciones.

—Hay un medio para impedir que Tarsit siga adelante.

—No me pidas que influya en su cerebro. Sabes que eso no podemos hacerlo.

—¿Ni aun en caso de gravedad como éste? Es una causa justa.

—La voluntad de cada cual es libre.

—Nunca acabaré de comprenderos, Boskell, pero déjame pensar. Debe existir algún otro medio.

Boskell dejó que Lewer encontrara una posible solución.

—¡Ya lo tengo! Escucha...

Brevemente, le dio unas instrucciones. Boskell sonrió, y murmuró, al fin:

—Sí. Esta puede ser una buena idea.

—Daos prisa... Doce heridos graves están siendo intervenidos. Hay pocas posibilidades.

—El tiempo, para nosotros, es lo de menos. Cumpliré tus deseos, Lewer.

Boskell salió de la estancia y Lewer aguardó confiado en el resultado de su idea.

Entretanto, y por órdenes superiores, toda la zona del laboratorio subterráneo había sido acordonada. Un técnico mostraba su extrañeza:

—Se ha batido toda la zona, comisario Tarsit, y no hay ninguna entrada posible.

—El detector no miente. Hay gente bajo nuestros pies. Se esconden, y nunca me he fiado de quien se esconde.

—Usted siempre teme una invasión. Bien. Déjeme el transmisor a distancia; espero que puedan oírnos.

El técnico lanzó un aviso:

—Quienquiera que esté debajo, debe salir. Es una orden del Ejército. Si se entrega, no le ocurrirá ningún daño.

En el subsuelo, los amigos de Lewer habían captado el mensaje, pero ninguno se movía. Ahora estaban solos. Uno de ellos murmuró:

—Si la situación empeora, saldremos para decirles la verdad.

—No —adujo Jana—. Recordad la promesa que hicisteis. «Ellos» quieren trabajar en paz. Esperaremos. Boskell se ha entrevistado con Lewer. Seguro que encontrarán la solución.

—Hundirán esto. No quedará nada —adujo el que había hablado antes—. Y bien seguros podéis estar de que no hablo por miedo. Todo el peligro que podamos correr, vale la pena. Esto es fantástico.

—Han dejado de bombardear la zona —murmuró ella.

—Pero lo intentarán de nuevo.

En la superficie, el técnico se separó de Tarsit para transmitir el mensaje desde otro ángulo.

El comisario se separó de sus hombres para rastrear una vez más el terreno.

Metido entre unas rocas, sus ojos quedaron de pronto fijos en un

punto determinado. Acababa de ver a dos de sus hombres en el suelo, inconscientes.

Sacó su arma corta y miró en torno suyo. El lugar era solitario y parecía hallarse completamente solo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

No pudo concluir. Una figura se materializó frente a él. Un hombre de tez purpúrea que, rápidamente, se mostró en todo su vigor.

El comisario creyó ser víctima de una alucinación.

Luego, apareció el segundo de los hombres, y otro más.

—No... No es posible.

Y otro más. Le rodeaban prácticamente.

Tarsit dejó caer el arma de sus manos. Aquello era superior a su valentía; trató de volverse atrás y echar a correr.

Un quinto personaje le cortó el paso, y Tarsit sintió un desfallecimiento; pero él quería huir de allí, quería sentirse lejos.

Y le complacieron.

Halló fuerzas para escapar.

En otros puntos se habían sucedido las mismas apariciones y algunos de los agentes de Tarsit huyeron también o cayeron, víctimas del miedo.

Boskell se limitó a decir:

—Habrà que atender a esa gente, pero ahora es el momento de sacar a los demás del laboratorio.

Poco después, una nave extraña, alargada, y con techo oval, desaparecía; algunos la vieron y pensaron que se trataba de una alucinación.

Un oficial corría para pedir instrucciones a Tarsit mientras del subsuelo salían el resto de los amigos que no habían tenido sitio en la nave.

En aquel momento de confusión, nadie pudo saber por dónde

habían salido. De este modo, los científicos fueron a unirse al grupo de curiosos que se habían desplazado hasta aquel lugar, atraídos por la curiosidad.

Los medios informativos seguían transmitiendo imágenes del lugar, pero lo que jamás pudieron captar fueron las apariciones y la salida del subsuelo.

Tarsit había reaccionado y trataba de explicar lo que había presenciado con sus propios ojos.

En las pantallas informativas, la gente recibía las primicias de Tarsit:

—Lo he visto. Estoy seguro de que no ha sido una pesadilla. Cinco hombres... Han surgido de pronto. No puedo explicar cómo...

—¿Le han atacado, comisario?

—No, no... Sólo les vi avanzar hacia mí.

—Pero, ¿cómo eran esos hombres, señor? —insistía el informador, que lanzaba las preguntas.

—No sé... Se parecían a nosotros. No sé... No estoy muy seguro.

—Algo debe haber sucedido. Hay algunos guardias que han sufrido fuertes *shocks*, pero en este lugar y en estos momentos, hay una gran muchedumbre, miles de personas. Es curioso que nadie haya visto nada.

Posteriormente, llegó la orden superior:

—Bombardeen el subsuelo, húndanlo todo. Les han dado oportunidad de salir.

La orden provenía del jefe supremo de la Defensa Nacional, y los nidos de proyectiles entraron en funcionamiento, después de haber ordenado a la gente que se retirara del lugar.

Jana observaba consternada la acción destructora.

—¡No! —gritó y trató de salir corriendo hacia los oficiales que acordonaban la zona.

Uno de los compañeros la retuvo:

—No puedes ir ahora. Es inútil. Sólo ellos podían impedirlo, y no lo hacen.

—No pueden hacerlo. ¿No lo comprendéis? No pueden ir contra la voluntad... ¡Oh! Si todos los humanos fuéramos como ellos...

Los proyectiles perforadores estaban causando profundos cráteres en el suelo; las cápsulas corrosivas dejaban escapar un vapor blanco.

A cierta distancia del suelo, encima mismo del laboratorio, se había producido una densa nube.

Las sordas explosiones se sucedían.

—Van a destruir la labor de mucho tiempo —sollozó Jana.

Hella y las demás muchachas que habían estado recuperándose, eran testigos de aquel infierno.

Y los proyectiles seguían su labor aniquiladora...

* * *

En el Centro Hospitalario, las doce intervenciones quirúrgicas habían concluido. Los médicos encargados exultaban gozo y los que habían presenciado las operaciones desde las cristaleras de los quirófanos, estaban maravillados.

Jamás se había presenciado en aquel centro un trabajo semejante.

La noticia cundió pronto:

—Se salvarán todos.

—Nuestros cirujanos son fantásticos.

Y aquella noche, en el hogar de Lewer, había una reunión muy especial:

Boskell, Donnattiy Stoker seestabandespidiendo.

—Gracias por todo, amigos. Lamento lo ocurrido con su laboratorio, pero podemos seguir trabajando unidos...

La pantalla de televisión mostraba el inmenso cráter abierto por los proyectiles. Todo había quedado devastado.

—Ya es demasiado tarde para volver a empezar, Lewer. El fin de muchos de nosotros está próximo. Lo presentimos. Somos viejos. Muy viejos ya.

—Pero..., ¿qué piensan hacer?

—Regresar...

—¿A su planeta?

—Al espacio. Volveremos a ser materia. Con el paso del tiempo..., del tiempo relativo que ustedes miden, quizá nuestra materia se transforme en otra forma de vida.

—Quédense aquí. Su ayuda es imprescindible.

—Ya no es posible. El tiempo se agota. Adiós, Lewer. Ustedes seguirán con su vida, organizada a su modo. Es un sistema como cualquier otro.

Lewer tendió la mano, al ver la de Donnatti extendida hacia él. Stoker hizo lo mismo; por fin, fue Boskell.

—Pero lo que ustedes han descubierto... —insistió Lewer.

Ya no hubo respuesta. Uno a uno, los tres seres que más relación habían tenido con él, salieron de la estancia.

Lewer quedó inmóvil, como anonadado. Reaccionó, y quiso llamarles de nuevo.

No estaban. El vestíbulo estaba vacío, los elevadores, inmóviles. Tampoco en la calle pudo verles.

Habían desaparecido.

* * *

Jana no sentía el menor deseo de reincorporarse al trabajo, pero tenía que hacerlo y aquella mañana recibió la noticia por parte de uno

de los mandos de la empresa:

—El ingeniero Donnatti ha pedido su relevo. Ya no trabaja con nosotros. Desde ahora, le sustituirá el señor Dongos...

En otras oficinas, fábricas y laboratorios, informaron igualmente de la marcha de otros tantos técnicos.

Aquel mismo día, cuando Jana se reunió con Lewer, comentó:

—Es cierto. Todos se han ido. Siento una extraña sensación...

—Sí. A mí también me ocurre lo mismo.

En los medios informativos se hablaba, y la noticia empezaba a tomar cuerpo:

—La búsqueda en el lugar donde pensaban encontrar a unos hipotéticos hombres de otros planetas, resulta infructuosa. Entre los escombros, no hay ningún superviviente, ni rastro de morada alguna. La gente empieza a preguntarse si todo ha sido una alucinación colectiva.

EPILOGO

Sólo unos pocos seres sabían la verdad. La auténtica verdad, pero jamás nadie les creería.

Ni siquiera cuando, poco a poco, fueron apareciendo nuevos inventos, como una nueva aleación de meta! para futuras naves, o el prototipo ideado por Donnatti, cuya paternidad se atribuyó el nuevo ingeniero Dongos, a quien la televisión le prodigó en imágenes.

En Universidades, centros hospitalarios, fábricas de todos tipos, surgieron nuevas técnicas, nuevos adelantos.

El planeta crecía en conocimientos y aquella época empezó a llamarse la Era de los Sabios.

Del comisario Tarsit y de sus declaraciones ya no volvió a hablarse. Aquello había sido un fenómeno extraño... Tal vez algo de tipo meteorológico...

Los guardianes que habían sido víctimas de las apariciones estaban todos sanos y no hablaban de ello más que en familia, porque se hubiesen burlado de ellos.

Sí. Para el planeta, empezaba una era de prometedora prosperidad; pero Jana y Lewer sabían que aún estaban en pañales, que eran seres muy inferiores...

Ahora Lewer, en cumplimiento de su promesa, vuela con una pequeña nave, en compañía de Jana.

Se hallan en el espacio infinito. Todo es calma, serenidad y ambos miran a través del visor, que les muestra el mundo maravilloso del silencio y piensan en aquellos seres.

—Imagina qué sería de nuestro planeta y de todos los ¡planetas habitados, si esos seres influyeran en la voluntad de los humanos, en forma negativa —murmuró ella.

—Dominarían el mundo.

—Ello seran buenos.

—Y se tenían por subdesarrollados —sonrió Lewer.

—¿Dónde crees que pueden estar?

—Por ahí, Jana. Por ahí y seguro que algún día, otros como ellos, volverán... —repuso Lewer, convencido.

F I N